SEYNABOU SONKO

DJINNS

TRADUCCIÓN DE

SOFÍA TRABALLI

Sigilo

Seynabou Sonko

Djinns

Traducción de Sofía Traballi

Me hago daño, te daño, olvidarte he intentado

Soy el djinn de mi djinn, estoy destrozado.

PNL

Crealidad

El teléfono sonó en la sala. Respondí, porque la abuela decía que si yo quería ser una buena curandera tenía que empezar por atender las llamadas y dar las citas y decir buenos días, este es el consultorio de Abu Pirata, en qué puedo ayudarlo, entre otras cosas. Solo que, aquel día, al otro lado de la línea no había una paciente. No, no. Era una señora que se presentó como médica psiquiatra de un centro de acogida permanente cercano a la estación de metro Bonne Nouvelle, pero que estaba lejos de llamarnos para darnos una buena nueva. No entendí bien su nombre, pero dijo que nos llamaba a nosotras porque no había podido localizar a la madre de Jimmy, un vecino medio friki al que cuidábamos Abu y yo. Jimmy vivía en el piso de arriba, misma puerta al salir del ascensor. En ese barrio donde todo el mundo se conocía, en ese edificio donde todo el mundo se conocía, todo el mundo sabía que Jimmy era un poco especial, por no decir jnounné. De jnoun, plural de djinn en árabe.

Luego, la Señora psiquiatra me pasó con Jimmy, que tardó una eternidad en ponerse al teléfono. Tardó tanto que tuve tiempo de imaginar las respuestas que podría dar a mis preguntas. Solo que no dijo hospital psiquiátrico cuando le pregunté dónde estás, no dijo sí cuando le pregunté si estaba bien, no dijo no cuando le pregunté si era algo serio. Anoté la dirección que le sopló la Señora psiquiatra. Jimmy repitió las palabras dos veces después de ella, antes de que yo colgara.

Nos esperaban allí ese mismo día. Abu Pirata y yo habríamos ido aunque la Señora psiquiatra no nos hubiera dado cita. Yo no sabía muy bien cómo anunciarle a la abu lo que estaba pasando sin que se enojara, porque ya dedicaba bastante energía a encontrar una cura adecuada para Jimmy. Así que se lo dije a mi hermana mayor, sabiendo que ella se lo explicaría mejor que yo. Shango le contó todo sin que se le moviera un pelo. La pelea, los polis, el arresto. Y no se detuvo ahí. Dijo que era culpa nuestra, de la abu y mía. Según ella, lo que intentábamos hacer con Jimmy era magia, y hasta ahora lo único que habíamos conseguido era perder el tiempo. Luego colgó, dejando a la abu con la palabra en la boca, pero al minuto siguiente llamó para disculparse.

Yo podría haber atribuido esa actitud a su djinn, de no ser porque mi hermana era una soplona de manual. Esa era Shango en su máxima expresión: se ponía loca y después pedía disculpas. Cuando éramos

pequeñas me delató un montón de veces, y a los soplones, a los idiotas, mi djinn y yo no los podemos ni ver. Después, cuando la abu me retaba, Shango decía, perdón, no quería que se enojara contigo, pero es que no es justo que te hayas comido todo el tiakri. Shango sigue siendo la misma nenita de entonces, aunque ahora tenga un trabajo, un departamento y un novio, como dice la abu.

Shango aceptó acompañarnos. Al salir del metro nos miró muy mal, de una forma más que elocuente, tras lo cual chasqueó la lengua muy fuerte dos veces.

Mi hermana no estaba tan errada con respecto a Jimmy. Quizá él fuera, como ella decía, un caso perdido, quizá fuera, como ella decía, retrasado de nacimiento, y la abu y yo simplemente nos negábamos a aceptarlo. Pero entonces, ¿de qué iba a servir un hospital psiquiátrico? Fue la pregunta que hice en voz alta cuando nos encontramos frente al edificio, y por toda respuesta la abu me dijo, sabes, Penda, los psiquiatras son para los blancos, vamos a sacar a Jimmy de aquí.

A continuación nos dirigimos a la consulta de la Señora psiquiatra. Ella nos explicó que, luego de su detención preventiva, Jimmy había sido transferido a ese centro porque su caso era psiquiátrico. Seguramente él le había contado que Abu Pirata era curandera, porque la Señora psiquiatra cuidaba cada una de sus palabras. Hacía un gran esfuerzo por no ofenderla. Tras unos segundos de vacilación, la abu dijo, dirigiéndose directamente a mí, te imaginas, Penda, si a cada blanco que me cruzo tuviera que explicarle en qué consiste mi trabajo, trabajaría más, no sería sostenible. Se hizo un silencio. ¿Debía traducir sus palabras, aun si la persona a la que estaban destinadas sabía muy bien qué quería decir la abu? La Señora psiquiatra se llevó el índice y el pulgar al mentón, en modo «qué interesante». Era como si se hubiera pasado toda la carrera esperando a que se le presentara una ocasión como esa, encontrarse frente a una curandera inculta. Es lo que parecía traslucir su mirada llena de condescendencia. El malestar que me produjo fue demasiado. Para poner fin al silencio, lancé la primera pregunta que se me vino a la cabeza, y la Señora psiquiatra respondió con un temblor en la voz. Allí funcionaba un CHU, un complejo hospitalario universitario de psiquiatría y neurociencias que agrupaba a los hospitales de Sainte-Anne, Maison Blanche y Perray-Vaucluse. Jimmy estaba en Maison Blanche, que ofrecía atención y seguimiento psiquiátrico a los habitantes del nordeste de París, es decir, a los distritos 8°, 9°, 10°, 11°, 12°, 17°, 18°, 19° y 20°. Nosotros vivíamos en el 10°.

¿Qué pensábamos de la situación? Shango repitió la pregunta que

acababa de hacer la Señora psiquiatra y luego dijo, irritada, que de haber pensado algo al respecto no estaríamos allí. Tampoco yo podía decir exactamente qué pensaba de la situación. La Señora psiquiatra recalculó. Se ajustó los anteojos con la punta del dedo índice y dijo que comprendía nuestro temor. En cuanto a mí, no entendía mucho que digamos, pero como todos parecían tener una opinión objetiva sobre el asunto, me mantuve en silencio. La Señora psiquiatra parecía ocultar su djinn tras su bata blanca y su diagnóstico. Shango le hizo una seña a la abu para que no añadiera nada más, y la abu no añadió nada más, en todo caso, no antes de que la Señora psiquiatra emitiera su diagnóstico de blanca.

Comenzó por enumerar los síntomas: alucinaciones visuales y auditivas, amnesia, discurso incoherente, ensimismamiento. Todo hace pensar que Jimmy padecía esquizofrenia. Tragué saliva. Shango apenas lograba ocultar su entusiasmo, bebía las palabras de la Señora psiquiatra. Esta agregó que el gran consumo de cannabis de Jimmy no hacía más que intensificar los síntomas, sobre todo las alucinaciones. Abu respondió que el espíritu al que la Señora psiquiatra llamaba esquizofrenia era, en realidad, un djinn muy enojado, enfurecido, que ella se ocupaba de Jimmy desde hacía muchísimo tiempo y que recurriría a un método infalible para expulsar a ese djinn.

Yo tenía la impresión de ser bilingüe en el seno mismo del francés, pero me parecía que el idioma de la Señora psiquiatra, por ser científico, tenía mucho mucho más impacto en Shango, quien, de todos modos, nunca había creído realmente en los djinns. La de tonterías que decía a veces sobre ellos. Cuando la abu mencionó la posibilidad del Iboga, la Señora psiquiatra, que había entendido ibago, le pidió que repitiera y se puso a tomar notas en su libreta. Era diestra. Imposible pretextar dislexia por haber invertido las letras de una palabra trisilábica. ¿Iboga? No sé qué es eso, dijo. La abu le explicó: era una raíz que lavaría el cerebro de Jimmy. Shango masculló su desacuerdo. La Señora psiquiatra repitió: ¿lavar? Una vez más, se ajustó los anteojos con la punta del dedo índice, luego dijo que era mejor que a Jimmy no se le administrara nada excepto los tratamientos que le habían prescrito desde su llegada al hospital, y finalmente agregó que, de todos modos, lo dejarían algunos días en observación.

¿Cuántos días? No podía decirnos con exactitud, eso dependería de su comportamiento y del resultado de los análisis.

Ese día las visitas estaban autorizadas en el HP. Lo decían unos carteles pegados en las paredes, pero el problema era que Jimmy no

era de nuestra familia. De todas formas, insistí en verlo al menos diez minutos, y para subrayar la pequeñez de mi petición, acerqué el pulgar al dedo índice dejando un espacio entre ambos. La Señora psiquiatra dijo sí, a condición de que le facilitáramos el contacto de la madre de Jimmy. Me sorprendí cuando Shango le respondió que su familia éramos nosotras, que no tenía derecho a tratarnos así, y que, además, la madre de Jimmy estaba muy muy enferma. Era la primera vez que mi hermana se mostraba empática con Jimmy en público.

Jimmy estaba en la habitación 302. La Señora psiquiatra nos hizo atravesar un largo pasillo por el que deambulaban unos pijamas azul claro. Durante el trayecto, que me pareció eterno, mi mirada se detuvo en los vegetales que había a mi alrededor. Un alcaucil azul, una zanahoria azul, un hinojo azul y, junto a una pared, hasta un pimiento azul al que le faltaba el aire. Ninguno de los pacientes de esa clínica se parecía a los pacientes de la abu. Ninguno de los pacientes de la abu se golpeaba el coco contra la pared. Ninguno de los pacientes de la abu babeaba. Ninguno de los pacientes de la abu tenía la mirada vacía. Ninguno de los pacientes de Abu Pirata estaba encerrado.

Jimmy lo estaba. Habitación 302, al fondo del pasillo. Cuando la abu, Shango y yo entramos, él estaba de espaldas y fumaba un cigarrillo sentado en una silla junto a una cama individual. La Señora psiquiatra intentó una muestra de autoridad señalando con el dedo el reglamento interno del hospital, en el que se decía que estaba estrictamente prohibido fumar en las habitaciones. Para eso había un patio. La abu creyó que Jimmy se estaba fumando un porro, así que le pidió que lo apagara y luego se acercó y posó una mano sobre su frente. Estaba sudando, aunque la temperatura en la habitación era normal. Se había comido las uñas hasta hacerlas sangrar, y sus pupilas negras estaban rodeadas de venas al rojo vivo. Shango y yo nos quedamos a un lado. Yo no sabía qué hacer con mi cuerpo. Jimmy aplastó la colilla del cigarro sobre un trozo de papel y caminó hacia nosotras muy muy lentamente, tan lentamente que la Señora psiquiatra sintió la necesidad de explicarnos el motivo de su lentitud. Era por la medicación que había tomado con el desayuno esa misma mañana, dejando así las alucinaciones, al menos por el momento, en el fondo de un vasito. La Señora psiquiatra aclaró que el tratamiento parecía estar funcionando, pero que seguía siendo algo provisional. Debía estar funcionando porque ahí estábamos, en carne y hueso, y porque Jimmy nos abrazó.

Lo estreché tan fuerte que podría haberle roto las costillas. Hubiera querido quedarme así para siempre, y que él dijera algo, cualquier

cosa, con tal de escuchar el sonido de su voz. Él se moría de ganas, sus labios temblaban, pero de ellos no salió nada. La medicación debía ser súper fuerte para anestesiar hasta ese punto su pensamiento.

¿Cómo pensará un esquizofrénico?, me pregunté.

No era ni el momento ni el lugar para ocuparse de esa cuestión. La Señora psiquiatra, que ya nos esperaba en la puerta de la habitación, nos dio su tarjeta. Nos contactaría en cuanto supiera algo más, y por lo que a nosotras respectaba, no debíamos dudar en llamarla si teníamos alguna pregunta o noticias de la madre de Jimmy.

Había tantas preguntas que, en el camino de regreso, abandoné la idea de encontrar respuestas. Pero al hundir las manos frías en los bolsillos de mi abrigo comprendí que todo lo que acababa de ocurrir era real. Sin que me diera cuenta, Jimmy había deslizado allí sus llaves. Las reconocí porque su llavero era una botella de ginebra en miniatura. Tenía la costumbre de colgárselo del pasador del cinturón. Todo lo que acababa de ocurrir era real. Lo probaba también la tarjeta que tenía en mis manos. En el anverso decía: CHU París Psiquiatría y Neurociencias Maison Blanche, y en el reverso, Lydia Duval/Médica Psiquiatra.

Chau

Al día siguiente, con el estómago vacío, me puse el suéter de mi uniforme de trabajo mientras Vírgula, la responsable del pequeño minimercado Chispa, me reprochaba mi impuntualidad. Situado en una intersección comercial estratégica, la tienda satisfacía las necesidades de todas las familias pobres de un barrio donde, en cada esquina, brotaban tiendas de bicis, velas aromáticas o pepinos orgánicos.

Alimatou e Inès, mis dos compañeras, ya estaban instaladas frente a sus cajas registradoras cuando empecé a contar lo que había en la mía. El trabajo de Vírgula consistía en vigilarnos todo el tiempo y echarnos la bronca por cualquier cosa. Con un vasito de plástico muy caliente en la mano, fingía conversar con una clienta habitual muy charlatana, mientras lanzaba una mirada de lince al dinero que yo estaba contando. Una vez abierta la caja, les indiqué a los clientes impacientes, que no me habían quitado los ojos de encima durante la operación, que se acercaran. Y así arrancaron cinco horas de «bip» non-stop. La única ventaja de la que podía gozar durante esas largas horas de ensoñaciones automáticas era que mi caja, la más cercana a las puertas corredizas, me ofrecía una visión nada desdeñable de la calle. Entre dos clientes, a veces incluso entre el escaneo de un paquete de papas fritas y una botella de Coca, mi mirada vacía se demoraba en la multitud de palomas que disfrutaban de la vida junto a una boca de alcantarilla.

Excepto mi impuntualidad, Vírgula no se atrevía a reprocharme nada. Sin embargo, yo había captado muy pronto la razón por la que me ahorraba sus injustificadas rabietas. A diferencia de Inès y Alimatou, Vírgula no sabía qué pensar de mí. Esa imposibilidad de encasillarme la incomodaba. Alimatou, a la que habían contratado dos meses antes que yo, sufría regularmente las consecuencias de eso, y cada vez bajaba la cabeza diciendo sí, señora. Fue lo que ocurrió ese día. Después de poner por primera vez en toda la jornada el letrero de «Caja cerrada» sobre la cinta transportadora, Alimatou fue a cambiarse el tampón. Yo sabía que estaba con la regla porque tenía el cutis mucho más graso que de costumbre y se llevaba la mano a la cabeza con mucha más frecuencia para rascarse el cuero cabelludo parcialmente recubierto de extensiones brasileñas. Durante la ausencia de Alimatou, Vírgula, con su cigarrillo electrónico en la mano y como

quien no quiere la cosa, encendió sus luces giratorias. Me preguntó dónde estaba la otra, y apenas dijo eso, sentí cómo la sangre me subía velozmente a las sienes: la otra tenía nombre. Inès me lanzó una mirada interrogativa y luego se encargó de responder. Ambas sabíamos que Alimatou se había metido en problemas.

Es de no creer lo insensibles que pueden ser los clientes a todo lo que ocurre fuera de su carrito. Yo estaba a pocos centímetros, pero ellos, en lugar de oír la respiración agitada de Vírgula, sus uñas de manicura repiqueteando nerviosamente sobre el banquito de Alimatou, escuchaban el anuncio de la última promoción. En lugar de ver el miedo en los ojos de Alimatou, solo pensaban en llegar primero a su caja, que ya estaba abierta otra vez.

Había mucha gente en la tienda, y yo creía a Vírgula lo bastante responsable como para no montar un espectáculo frente a los clientes. Error. Le importó un pito. ¿Tú en qué idioma hablar…?, dijo, recordándole a Alimatou que siempre debía pedirle permiso para dejar su caja. Que aludiera una vez más al acento soninké de Alimatou me hizo retorcerme de ira. Conmigo eso no habría pasado, conmigo le resultaba más difícil; había disonancias, pero en su opinión, yo hablaba un francés lo suficientemente comprensible y eso le impedía convertirme en su blanco lingüístico. De modo que no pude evitar recordarle, con una bolsa de cebollas entre las manos, que lo que acababa de decir era inaceptable. De golpe, todos los clientes dirigieron su atención hacia nosotras; Vírgula no se esperaba aquello. Con voz temblorosa me respondió que me ocupara de mis asuntos, me amenazó con el dedo, masculló un borborigmo de Neandertal y me gritó que me largara. Dudé un instante. Luego apoyé suavemente la bolsa de cebollas, me levanté y dejé la caja. Alimatou aún no había vuelto a la suya. Con lágrimas en los ojos me dio un abrazo, más que para agradecerme, para decirme chau. Sabía que, si yo hubiera querido conservar mi puesto, habría cerrado la boca. Mi djinn, en vez de solidarizarse con Alimatou, tenía una única y extraña idea en la cabeza: hacerme sentir culpable. ¡Bravo, muy bien!, decía, has perdido tu trabajo. Traté de concentrarme en el fuerte olor a incienso que impregnaba la ropa de Alimatou para no escuchar la voz del otro en mi interior. Inès corrió hacia mí para recordarme mis derechos. Ninguno hablaba de la dignidad. A fin de cuentas, ellas eran las valientes, las que se quedarían coleccionando Vírgulas donde tendrían que haber puesto puntos, atendiendo a clientes que también eran súper racistas. Si hubiéramos llevado placas de identificación, en ellas no se habrían leído nuestros nombres, sino «la africanita», «mango dulce», «flor de las islas» o cualquier otro de esos motes que los blancos, en general viejos y calvos, nos ponían con tanto entusiasmo.

Si Vírgula hubiera estado ahí los domingos cuando yo insultaba a sus madres, a las madres de sus madres y a las madres de las madres de sus madres, me habría echado mucho antes.

¿Y ahora qué iba a hacer?

Era, creo, el primer día de otoño, e irremediablemente mi lugar ya no estaba tras una caja registradora. No estaba allí ni en ningún otro lado, y sentía que iba a tener que inventármelo. Jimmy estaba internado y la abu no sería eterna, así que la cosa era urgente. Pero la verdadera motivación para trabajar en la consulta de Abu Pirata era que ella, finalmente, me transmitiera su historia.

Volcanes

Fue mi amigo Chico quien me avisó de la pelea que había acabado con Jimmy metido en un patrullero rumbo al HP. Chico y su banda estaban allí las veinticuatro horas del día. Lloviera o tronara, un asunto ilegal los mantenía firmes en su puesto frente al edificio.

Ellos lo vieron todo. El terror en los ojos de Jimmy, su determinación, su monstruosidad. Lo oyeron todo, los gruñidos, la rabia, el grito de ayuda. Chico intentó intervenir, hacer algo, y luego llamó con fuerza a nuestra puerta, incansablemente. Tuve miedo. Nadie llama tan fuerte a la puerta, pensé, a menos que sea para anunciar algo muy muy grave. Pero como Chico es el rey del drama, no creí que fuera para tanto cuando dijo, soy Chico, abran, abran, se trata de Jimmy.

Yo no estaba sola, estaba con Shango, y entonces la miré y ella me dijo, starfoullah, ¡Dios mío!, ¿qué es ese escándalo? Fui a abrir la puerta. Chico comenzó a soltar un torrente de palabras incomprensibles. Hasta muerto de miedo era súper lindo, con sus ojos almendrados y su tez morena. Yo pescaba una palabra por aquí. Derechazo. Otra por allá. Poseído. Era la palabra adecuada. Parece poseído, dijo Chico.

Abajo se oyeron gritos y más gritos, ¡váyanse todos a la mierda, hijos de puta! Fue lo que nos llegó desde el lugar de la pelea. Era la voz de Jimmy. Asomé la cabeza por la ventana y lo vi en posición de ataque, como un boxeador. Se dio un zurdazo a sí mismo dos veces seguidas y después suavizó el dolor con la mano derecha.

Luego todo ocurrió muy rápido. Shango, Chico y yo bajamos corriendo las escaleras.

Jimmy cascó al primero que tuvo a mano. Era un muchacho de la banda de Chico; si mal no recuerdo, el que vigilaba por si llegaban los polis. El muchacho recibió un golpe en las costillas y gritó como un chancho degollado. Mientras el resto del grupo intentaba neutralizar a Jimmy, el centinela se desplomó sobre el pavimento que los educadores de la alcaldía de París habían pintado de amarillo (para darle color al barrio). Chico se unió a su banda, mientras Shango y yo permanecíamos inmóviles, esperando a que se calmaran las cosas. Solo que, bueno, las cosas no se calmaron. Y llegaron otros colores, los de los vestidos tradicionales de las señoras del barrio, que se pusieron a

gritar como en un día de boda. Cuando había alguna pelea, ellas siempre eran las primeras en llegar al lugar de los hechos. Ya estaban acostumbradas. De un modo u otro, la banda de Chico siempre estaba presente cuando se trataba de defender el honor de una calle, así que esas señoras habían visto grescas a montones. Pero esta era distinta, era algo muy loco, porque, en realidad, nadie quería pelearse con Jimmy. La única preocupación que flotaba en el aire era la de neutralizarlo, evidente con tan solo ver la posición de los cuerpos en el espacio. Jimmy de un lado, con cara de «me los voy a cargar a todos si siguen mirándome como si fuera un retardado», y los demás del otro, usando nuestros brazos como abanicos para bajar la temperatura.

Entonces vi a la madre de Chico. El bebé, que hacía mbambou sobre su espalda, casi logró distraerme de la gravedad de la situación con su sonrisa grandiosa, sonrisa que guardó enseguida cuando oyó a su madre ordenarle a Jimmy que terminara con aquel circo. Unas sirenas cantaban a lo lejos. Jimmy buscaba con la mirada a su próximo blanco. Me acerqué a la banda de Chico con la esperanza de que Jimmy me viera. Nuestras miradas se cruzaron. Sus jnoun nunca habían estado tan enfurecidos. Jimmy tenía un velo sobre los ojos. Se puso a insultar a nuestras madres, abuelas y bisabuelas. Nos dijo que dejáramos de mentir, que cerráramos la boca, mientras se tapaba los oídos con tanta fuerza que una vena empezó a hinchársele en la frente. No le respondimos nada. Shango lloriqueaba en un rincón. Chico recitaba la Al-Fatiha en voz muy baja, y yo permanecía en silencio.

De niña, yo era callada. Mi mutismo alarmaba a más de uno, empezando por la abu. Pagué las consecuencias muy pronto. Los adultos siempre perciben el silencio como una anomalía. Miren, no dice nada, repetía la abu. Sin embargo, el silencio es una pepita preciosa, una esmeralda que sostenemos entre los dedos de cara al sol. Y ya no sabemos si es la pepita o el sol lo que nos deslumbra. Que fuera callada no significaba que no tuviera nada que decir. Al contrario, las personas calladas son volcanes gigantescos. Dentro de ellos la tierra tiembla.

Pero el silencio no duró demasiado. Los polis llegaron en menos de lo que canta un gallo. Tres agentes rodearon a Jimmy: uno a cada lado y uno por detrás. Mientras él forcejeaba como podía, Sally, mi enemiga, apareció en bata y con el rostro cubierto por una mascarilla cosmética. Me hizo mil preguntas que no respondí. Yo quería hablar con los policías, pero antes de que pudiera decir algo, subieron a Jimmy a un patrullero y, en dos minutos, la multitud se dispersó. Shango se acercó

a Chico y a mí, y señaló a Sally con el dedo. Era ella quien había llamado a la policía. Tendría que habérmelo imaginado, si yo a esa no la podía ni ver, desde la escuela nunca me había traído más que problemas. Chico permaneció impasible porque le gustaba Sally desde hacía un montón de tiempo, daba igual lo que ella hiciera. Otra vecina, blanca y medio estúpida, echaba sal por la ventana entonando sombrías plegarias que, según decía, eran para purificar el barrio. Chico le ordenó que cerrara la boca y luego subimos a mi departamento. Shango también estaba allí. Sus lágrimas se habían secado. Quería saber a dónde se llevaban a Jimmy. La pregunta era puramente retórica, y Chico respondió, lo dejarán detenido, supongo.

Todos sabíamos que Jimmy tenía un problema serio, pero que lo hubieran arrestado por agresión era algo que me costaba creer, a diferencia de Shango, que dijo que ella ya nos lo había advertido. En su opinión, el problema de Jimmy no eran sus jnoun. Le voy a contar todo a la abu, amenazó. Todo: que a Jimmy le faltan varios tornillos y que no lograrán curarlo con un brebaje de mierda hecho con ajo y limón. Yo lo sé, yo sé lo que tiene Jimmy.

Hubiera preferido que Shango no dijera eso. Se me oprimió el corazón.

Después de decir eso se marchó y nos dejó a Chico y a mí en medio del salón. Chico sabía que los policías habían llevado a Jimmy a la comisaría del décimo distrito. De comisarías Chico entiende bastante. Y se puso a describir las celdas insalubres, los coscorrones que había recibido al llegar y las comidas infectas.

Por el momento, lo único que podíamos hacer era esperar. Esperar que lo soltaran y que él regresara solito al barrio. Esperar. Ese verbo tan dulce nunca me había parecido tan cruel. Detesto esperar: metros, autobuses, personas, trenes, siempre esperar. Chico y yo permanecimos un momento sin decir una palabra, mirándonos a los ojos, y entonces me di cuenta de que estaba tan alterado como yo. Terminé pidiéndole que me dejara sola, que no se preocupara por mí, que volviera a su casa. Me dijo que no me pusiera triste, que Jimmy estaba en buenas manos. Conmovedor viniendo de él, que huía de los polis como de la peste.

Esa noche salí antes de que la abu regresara. No quería que me viera en ese estado ni revivir la escena contándola. Así que me puse las zapatillas, agarré el skate que estaba en mi habitación y decidí ir a buscar a Jimmy. Tal vez los polis fueran a soltarlo. Seguro que se habían dado cuenta de que no estaban frente a un alborotador, de que

Jimmy era mucho más peligroso para sí mismo que para los demás.

Cuando bajé a la calle se encendieron las luces de la plaza, lo que me recordó lo perezoso que puede ser el sol en otoño. Debían ser las cinco de la tarde; era de noche. Me subí al skate y anduve sin rumbo fijo. La escasa luz acentuó la dilatación de mis pupilas, mi ritmo cardíaco se aceleró, el equilibrio exacto que necesitaba se difundió por todo mi cuerpo inclinado hacia delante. Seguí patinando hasta lograr que el leve crujido de las ruedas sobre el asfalto ritmara mis pensamientos, hasta que mi oído interno interpretara su propia música, hasta no reconocer siquiera los nombres de las calles. Patiné por necesidad de movimiento, para no esperar, para no llorar, y aun así lloré frente a un semáforo en ámbar que me provocó una indecisión horrible. No había autos a mi alrededor, pero me detuve igualmente, dejando que la lluvia se mezclara con mis lágrimas, incapaz de determinar si me molestaban o no. Miré a ambos lados y me di cuenta de la distancia que había recorrido. Estaba demasiado lejos de casa, estaba empapada por la lluvia, estaba simple y completamente perdida.

La abu intentaba mantener el silencio entre nosotras. Nos cruzábamos en la cocina y luego me volvía a mi habitación para evitar ver en su mirada que Shango sería mejor curandera que yo. Según la abu, yo actuaba como una blanca, o bien creía ser una, lo que era aún peor. Cómo decirle que yo no era apta para recibir lo que ella quería transmitirme, o sí lo era, pero no exactamente como ella deseaba. Yo creía en los djinns porque eran reales, pero eso no quería decir que existieran.

Una de las primeras cosas que me transmitió Abu Pirata acerca de los djinns es que cada ser humano tiene uno, pero solo las personas predispuestas a entrar en contacto con lo invisible pueden verlo. La abu había integrado esta creencia preislámica a su práctica de curandera. Su arte era una mezcla proveniente de su educación coránica senegalesa y de los ritos animistas que había aprendido con Tonino en Gabón.

Tonino vivía con su hermano Andrès en lo más profundo de la selva gabonesa. Una vez al año nos enviaba por correo plantas, agua protectora, incienso y otras movidas místicas de Gabón, y hay que decir que Abu Pirata se estaba haciendo una clientela enorme en París gracias a eso. Había un montón de señoras que venían a verla al consultorio, pero su paciente number one era Jimmy.

Según la sura 51 del Corán, Dios creó a los djinns, igual que a los hombres, para que lo adoraran. Al igual que los hombres, algunos siguen el camino recto, mientras que otros, los infieles, deambulan sobre la tierra esperando el juicio final. Buenos o malos, pueden tomar la forma de plantas o animales, principalmente serpientes, y a veces incluso llegan a poseer mental o espiritualmente a un ser humano.

La abu nunca necesitó saber que yo había visto al mío para hacerse una idea acerca de él. Ella sentía que mi djinn era blanco, lo que comprometía aún más mi iniciación. Del mismo modo que no necesitó esperar a que la Señora psiquiatra emitiera un diagnóstico sobre el estado de Jimmy para estar segura de que lo poseían jnoun maléficos y que lo había embrujado un miembro de su familia que estaba resentido con su madre. Resultado: Jimmy estaba poseído por unos jnoun súper fuertes y furiosísimos. La prueba estaba en que a la abu le costaba deshacerse de ellos. Creo que en toda su carrera de curandera,

de intermediaria entre el mundo visible y el invisible, era la primera vez que se topaba con unos jnoun tan despabilados. Y eso que llevaba un montón de tiempo ejerciendo. Ya hacía diez años que había alcanzado la edad para jubilarse.

Ella decía que había jnoun amables, jnoun malvados, jnoun mujeres y jnoun hombres, pero por lo que a mí respecta, yo estaba más que segura de que mi djinn era un niño blanco, blanco requeteblanco, al menos así es como me lo imaginaba, con rastas largas hasta las nalgas, desparejas, medio descuidadas, y mi djinn tenía tanta influencia sobre mí que la abu decía que la cosa iba a ser muy jodida, que hacía falta que yo dejara a un lado mi parte blanca, la que no ve los colores, la que se cree el centro del mundo y patatín patatán.

Cuando era pequeña, me costaba reprimir las costumbres de mi djinn. Se manifestaba en mí mediante actitudes que iban desde cruzarse de piernas hasta leer un libro en lugar de ver la tele con Shango. En presencia de Abu Pirata, evitaba cruzar las piernas como una chica que se cree blanca, caminar como una chica que se cree blanca, vestirme como una chica que se cree blanca, pensar como una chica que se cree blanca.

Pero bueno, al margen de eso, creo que mi djinn era más bien amable. Le gustaban los libros con dibujos, la crema de castañas y Paname. Es decir, París. Cohabitábamos armoniosamente, él sabía pasar desapercibido, aunque a veces, no lo niego, fuera un verdadero hijo de puta. No importa bajo qué forma se manifiesten, los djinns pueden ser unos terribles bastardos. Bastaba ver al de Jimmy; su djinn era el rey de los bastardos, o quizá la reina de las bastardas, nunca supimos si era «él» o «ella», y por eso Jimmy no tenía ningún contacto con el mundo exterior, solo conmigo y con Abu Pirata. Estaba encerrado en sí mismo.

Jimmy siempre llevaba el mismo pantalón, que nunca estaba limpio porque se olvidaba de que se lo había puesto el día anterior, o quizás porque era el único que tenía, pero eso solo lo supe el día que crucé por primera vez la puerta de su departamento, en el piso de arriba.

Jimmy nunca estaba en su casa, y eso desde mucho antes de que lo internaran en el hospital psiquiátrico. Vagaba por el barrio y, cuando se cansaba, okupaba la antigua habitación de Shango, que olía a hachís y a tabaco rancio. Juro sobre el Corán de La Meca que, cuando me quedaban algunas monedas, le daba sesenta céntimos para que cruzara a la tienda a comprarse un cigarrillo suelto. Cada tanto le pedía que se fuera a su casa y él decía que se iba a ir, que no volvería,

pero siempre volvía al día siguiente.

Su memoria era algo así como en la peli Memento, el thriller estadounidense de Christopher Nolan que cuenta la historia de Leonard Shelby, un tipo amnésico que busca al asesino de su mujer. Para compensar su frágil memoria, siempre lleva consigo una cámara fotográfica y tiene el cuerpo lleno de tatuajes que le recuerdan los hechos fundamentales de su vida. Cada mañana, Leonard se despierta en el mismo motel y, como ha olvidado su identidad, lo primero que hace es mirarse al espejo para leer allí que él es Leonard Shelby y que su misión es encontrar al asesino de su mujer.

Pero Jimmy no tiene una misión en la vida. Y a veces yo estoy ahí para recordarle que no encontrará nada si no busca. La memoria, el cerebro humano o no humano, es complicado, porque pasa una cosa, y es que Leonard nunca se olvida de olvidar lo que olvida, de modo que la peli se vuelve bastante trágica cuando uno comprende que, incluso si finalmente encuentra al asesino de su mujer y lo mata, si no se tatúa la info a tiempo sobre una parte visible de su cuerpo, acabará olvidando que ha encontrado al asesino de su mujer y lo ha matado, y deberá seguir buscando al asesino de su mujer y matando hasta el fin de los tiempos.

Jimmy también tenía olvidos. Era algo más inmediato y ligado a la palabra. A menudo empezaba a hablar y de golpe se detenía para preguntarme qué me estaba diciendo. Confieso que a veces me aproveché un poco de eso. Cuando me hablaba de su madre y cinco minutos más tarde se olvidaba, yo le decía que estábamos hablando de Memento o de alguna otra peli de esas que veíamos juntos una y otra vez. De todos modos, Abu Pirata y yo no teníamos tanta plata como para comprarle una cámara de fotos y hacer que se tatuara como en la peli de Nolan, así que la abu usaba las plantas de Tonino para ahuyentar a sus jnoun.

De vez en cuando, venía a casa algún blanco por un simple dolor de espalda o por un dolor de muelas. Otros, solo para ver el decorado exótico del consultorio de la abu, lo que les producía un efecto placebo. Como por ejemplo Léa, a quien encontré sentada en el suelo frente a la abu cuando abrí la puerta del consultorio esa mañana. Léa era una vecina, pero su caso era totalmente diferente del de Jimmy porque ella no vivía en nuestro edificio, sino en el de enfrente con Sally, su hija adoptiva, que había sido amiga mía en otros tiempos. Cuando Léa me vio, me dirigió una de esas sonrisas que solo ella sabe

poner. Una sonrisa en la que participaban nada más que los músculos inferiores de su rostro, como si su mirada estuviera ocupada haciendo otra cosa. Léa me examinaba.

Yo también la examiné, a mi manera. Quería saber si tenía un micrófono escondido en alguna parte de la camiseta. Al parecer, no. De todos modos, para jugar a la antropóloga de campo no lo necesitaba. Sabía arreglárselas sin él, para empezar, instalándose en casa sin haber sido invitada. Y yo no la podía mandar de paseo, porque además de ser la pareja de la madre biológica de Sally, había sido mi profe de francés en la escuela. Así que, unas tres veces al año, pasaba a visitarnos para cerciorarse. Para cerciorarse de que yo seguía teniendo tanta rabia como sugería mi color de piel, para comprobar que realmente había ido a la última manifestación contra la violencia policial, para coincidir conmigo en un trillado debate sobre el racismo, para ver hasta qué punto ambas pensábamos lo mismo, dado que ella es una amable mujer blanca de izquierdas que escribe artículos para revistas en los que se las da de portavoz de la causa de los negros, aunque viva completamente desconectada de sus escritos.

Cuando Léa se fue, la abu me dijo que no había que fiarse de las apariencias. A pesar de su tez pálida, Léa no estaba enferma. Había venido por su hijastra. ¿Sally aprobará el tercer año en una de las Grandes écoles? ¿Sally viajará a Italia este verano? ¡Sally por aquí, Sally por allá!

Aunque predecir el futuro no era lo que a la abu más le gustaba de su trabajo, era la actividad que le aportaba más dinero de la clientela blanca. Los blancos no son capaces de vivir el momento presente, decía la abu. Siempre quieren saber si ganarán suficiente dinero este año, si su novio regresará, si hará buen tiempo durante su viaje de negocios. ¡Oh, Alá!

Clic

Me sorprendió que cambiara de opinión, pero bueno: esta vez la abu estaba dispuesta a iniciarme. Antes de comenzar, quería asegurarse de que mi djinn sería receptivo, así que yo también pude beneficiarme de una breve sesión en el consultorio. Dios mío, lo recuerdo como si fuera ayer, porque la abu no me tiraba los cauris desde mis primeros años de secundaria. Mi infancia entera había estado regida por esos caracolitos, que habían sido usados como moneda en Asia y en África Occidental, y que la abu lanzaba cada vez que se avecinaba un acontecimiento importante. La cosa era que, en vez de tranquilizarme –pues, en general, las predicciones eran favorables–, su lectura de los cauris me metía una presión terrible, y por eso yo siempre había preferido beber el agua milagrosa del Zamzam, procedente de los santuarios islámicos: por más santa que fuera, después de todo seguía siendo agua. Pero este asunto era serio; se necesitaban los cauris.

Hay que decir que el consultorio de Abu Pirata era un verdadero bazar. En él podían encontrarse tanto chucherías compradas en el mercadillo de las Espièglerie como cosas útiles para la preparación de diferentes pócimas: quingombó, ajo, limón, hojas de laurel, jengibre.

Esa mezcla de productos frescos y objetos antiguos le daba al consultorio un aspecto de museo contemporáneo. El suelo estaba enteramente cubierto por una alfombra persa de color rojo, sobre la que me invitó a sentarme antes de comenzar la sesión. Finas como las ramas de un árbol, sus manos giraban en el sentido de las agujas del reloj frente a su rostro surcado de arrugas. Para la edad que tenía, no voy a negar que se conservaba bien. Excepto por sus ojos, algo erráticos cuando se trataba de enfocar, era una mujer bastante saludable.

Con una sola mano recogió los doce cauris desparramados en el suelo; el sonido que producían al entrechocar era muy parecido al de las canicas con las que yo jugaba de niña. Su color me hacía pensar en los colmillos de los elefantes, aunque el material del que estaban hechos, en realidad, era más parecido al esmalte que al marfil.

Según la regla, antes de que Abu Pirata los lanzara, yo debía escupir delicadamente en la palma de la mano que los sostenía. El primer intento fue un fracaso total. Así que moví la boca en todos los sentidos en busca del equilibrio perfecto: de ella debía salir algo más que aire y

mucho menos que un enorme escupitajo.

Mis muecas tuvieron el mérito de robarle una sonrisa a la abu, pero el velo de su mirada me aconsejaba recobrar la seriedad. Sacudió la mano como en el juego de los dados y lanzó los cauris sobre la alfombra con un movimiento preciso.

A juzgar por su cara, la cosa no pintaba bien. Mira, me dijo, mira ese cauri apartado y con la abertura hacia arriba, mira los otros cauris, cómo se han unido formando un montoncito compacto. Los separa demasiado espacio; el de ahí es Jimmy; esto quiere decir que debe irse cuanto antes del HP o de lo contrario morirá, y como el cauri apartado tiene el caparazón muy fino, se trata de una muerte próxima.

La abu lanzó y volvió a lanzar los cauris parlanchines, y siempre había uno, el mismo, que se distanciaba de los otros. ¡Oh, Alá! Los cauris no podían decirnos todo; gran parte de su interpretación dependía de las circunstancias del momento.

La abu lanzó y volvió a lanzar los cauris, que escapaban en todas direcciones, se superponían, se entrechocaban. Su tintineo agorero llenaba el consultorio, y luego uno, siempre el mismo, se apartaba para anunciar la muerte.

La abu no era de entrar en pánico. La única forma de invertir las predicciones de los cauris era que a Jimmy se le administrara Iboga, solo así mejoraría y saldría tranqui del HP. Pero el asunto era que la abu no tenía más Iboga, así que le dije, no te preocupes, abu, mañana llamamos a Tonino para que nos mande. Y posé mis labios en el huequito de su cuello, donde su piel es tan suave como la de un bebé. Luego salí del consultorio, notando, por cómo miraba los cauris desparramados en el suelo, que a partir de ese momento sus horas de sueño serían escasas.

A primera hora de la mañana, muy temprano, volvió a llamarme. A fuerza de pensar había recordado haber sembrado en el bosque de Fontainebleau una parte de las semillas de Iboga que Tonino le había enviado un año atrás. Me pa que la concentración de djinns de ese bosque de la región de Île-de-France es la más grande de todo el departamento 77. La abu no sabía si las semillas habían germinado, pero no costaba nada ir a mirar. Recordaba haberlas sembrado cerca de una secuoya gigante, a fin de tener un punto de referencia. Emocionada por la nueva perspectiva que se abría ante nosotros, fue a buscar una foto donde se podía ver a Tonino muy sonriente en medio de la selva gabonesa, detrás de un arbusto florecido no más alto que

un niño de cinco años. El propio fotógrafo debía ser un niño de la aldea, a juzgar por la altura del encuadre. Quizá fuera su primera foto. Clic.

Esa foto me permitiría reconocer las flores, dijo la abu. Esas serían mis dos primeras misiones en el camino de la iniciación: primero, buscar el Iboga; segundo, liberar a Jimmy. Había un montón de cosas más que la abu deseaba enseñarme antes de que yo probara el Iboga. Porque debía probarlo si quería convertirme en curandera. Si quería pertenecer.

Kétchup

Recuerdo al Jimmy de antes de la internación. A veces, le fastidiaba cuando el tenedor chirriaba contra la cacerola. Me llevaba un momento comprender que era él, y no su djinn, quien movía los párpados tan rápido que daba la impresión de tenerlos cerrados. Al igual que la abu, estaba convencida de que Jimmy actuaba raro porque estaba poseído por un genio maligno. Pero ahora que la Señora psiquiatra había emitido una opinión acerca de su estado, yo veía con otros ojos los momentos que habíamos pasado juntos.

Jimmy no soportaba el chirrido que produce el roce de dos utensilios metálicos. Decía que le irritaba los dientes. Un día, habían quedado unos fideos en el fondo de la cacerola, unos espaguetis cocción tres minutos pegoteados como un chicle en el asfalto. Eran tan pocos que se podían contar uno a uno, dos veces seguidas. Yo tenía un hambre que me moría, no lo niego, así que no pensaba dejar ni uno. Al momento de servir, había puesto más espaguetis en mi plato que en el de Jimmy. Después de todo, ese día él no estaba invitado y yo pensaba comer sola, pero cuando su madre estaba desintoxicándose no había manera, el tipo se instalaba en casa. Jimmy no era un paciente como los otros; vivía en el piso de arriba y, además, era el único al que la abu aceptaba atender gratis porque su madre era una blanca loca y sin un peso.

Aclaro que, personalmente, yo no tenía nada contra Jimmy; es solo que a veces pensaba en lo que decía Shango, que era un chico súper autista y que no llegaríamos a nada con él. Pero lo que me resultaba más raro de Jimmy es que no parecía importarle no tener amigos. Si hasta se lo veía mejor solo que acompañado. No lo voy a negar, a veces estaba tan en su mundo que yo apenas lo registraba.

Creo que Jimmy intentó unirse a la banda de Chico muchas veces. Pero siempre lo sacaban corriendo, y terminó resignándose. Una vez, la abu me dijo: tomas una pecera llena de agua y la divides por la mitad con un vidrio; de un lado pones una tilapia joven y hambrienta, y del otro, un puñado de pececitos: la tilapia intentará devorar a los pececitos, pero una y otra vez chocará contra el vidrio. Finalmente comprenderá que no sirve de nada y dejará de hacerlo. Entonces retiras el separador de vidrio y los pececitos podrán nadar con total seguridad junto a la tilapia. A fuerza de fracasar, esta se habrá dado por vencida.

En el barrio, a Jimmy lo consideraban un loquito. Cuando yo volvía de trabajar, me lo encontraba en la plaza o en el hall del edificio, cerca de los buzones destartalados, con la mirada perdida y hablando solo. He llegado a verlo recogiendo colillas del suelo a las cinco de la mañana. Chico y su banda se burlaban de él todo el tiempo y lo llamaban retardado. Por suerte, desde que Abu Pirata había empezado a ocuparse de Jimmy, ya no lo jodían más y se conformaban con ignorarlo. No digo que ahora fuesen unos santos, pero al menos no le daban pelotazos en la cabeza.

En cuanto a su madre, lo único que sabía hacer cuando salía del centro de desintoxicación era emborracharse de lunes a lunes con la birra más barata del minimercado Chispa. Cuando estaba borracha perdida, bajaba a la plaza y se ponía a gritarle a la banda de Chico. Si volvían a llamar retardado a su hijo, tendrían que vérselas con ella. Así es como se conocieron Abu Pirata y ella. La madre de Jimmy estaba en la plaza, gritando tanto que ya cansaba. Con el vozarrón que tenía, sus intervenciones siempre iban acompañadas de bruscas estampidas de palomas aterrorizadas. La abu bajó a preguntarle por qué montaba tanto escándalo, y ella le contó la historia de su hijo. Cuando era pequeño, Jimmy tenía un djinn normal, como todo el mundo. Fue a partir de los catorce años cuando le empezó a fallar la cabeza. Eso me dijo la abu. Que la madre de Jimmy lo llevó a ver a los especialistas, esos que se autoproclaman grandes hechiceros de París y que reparten volantes a la salida del metro en la plaza de Clichy. Fue a pedirles que curaran a Jimmy, pero ninguno lo logró. Así fue como ella y su hijo llegaron a casa, al día siguiente o dos días después de una estampida de palomas.

¿Al día siguiente o dos días después? ¡Qué memoria! En todo caso, fue por la mañana, eso seguro, me acuerdo porque la madre de Jimmy llevaba puesto un pijama de leopardo. Estaba decidida como nunca a que la abu la ayudara. La tipa no se iba más, y me produjo un efecto raro verlas en la puerta de nuestro departamento, y no en la plaza o en el hall del edificio.

Jimmy parecía sereno, aunque no dejó de mirar el felpudo de la entrada ni un segundo. La abu los invitó a pasar, y mientras ella hablaba con la madre en el consultorio, Jimmy y yo nos instalamos en la sala, frente a la tele. Estar tan cerca del «retardado» del barrio era mucho más desconcertante de lo que me hubiera imaginado. Me preguntó si tenía papel de fumar grande para armarse un porro. Yo no tenía; entonces dijo que un papel pequeño también serviría, y sacó

uno de su riñonera atigrada. No hice ningún comentario. Hubo un largo silencio antes de que él dijera, mientras intentaba despegar con la uña las cacas de paloma secas de su pantalón de jean, sabes, Penda, fue mi padre quien me lanzó un hechizo, nunca le perdonó a mi madre que se hubiera ido. Si esa era la explicación que había encontrado para darle un sentido a lo que le pasaba, lo último que había que hacer era contradecirlo. Le propuse que viéramos una peli mientras esperábamos. Jimmy estaba muy contento. Contento como un niño pequeño, se notaba que no recibía muy a menudo esa clase de propuestas, pero yo simulé no darme cuenta. Elegí una peli al azar, y fue viendo Memento cuando me fumé mis primeros porros. Jimmy los armaba en cadena; ahumarse el coco era la única forma que tenía de disipar sus ataques o al menos demorarlos, pues tarde o temprano siempre terminaba sufriéndolos. Al principio, yo me lo tomaba como un juego. Un porro hoy, otro mañana, hasta que a mí también se me volvieron imprescindibles.

Así comenzó todo. Jimmy llamaba a la puerta cuando en su casa ya no había nada con que llenarse la panza. Yo le abría; sus ojos desconfiados trazaban un triángulo isósceles alrededor de mí, luego me seguía a la cocina y allí se bajaba la capucha, descubriendo unas trencitas pegadas más viejas que los rieles de la Petite Ceinture. Su cara de niño mal afeitada cada día disimulaba más su edad. Su sonrisa era muy linda. Tenía un ojo más grande que el otro, pero los dos colorados como el kétchup. Los porros te secan la boca y después te mueres de hambre, sobre todo cuando ya vienes con hambre de antes. Por eso Jimmy devoraba con tanto entusiasmo sus espaguetis cocción tres minutos. Les ponía sal, pimienta y queso, y yo les agregaba kétchup. La pasta con kétchup me traía grandes recuerdos, de la época en que Chico venía a casa todo el tiempo, éramos súper compinches, y comíamos pasta mañana, tarde y noche. En el edificio okupado donde vivíamos, todos eran pobres. Algunos más pobres que otros.

Jimmy clavaba el tenedor en la cima de la montaña de pasta, y cuando yo le decía que comiera más despacio, que los fideos no se iban a escapar, me respondía, Penda, hace dos días que no como nada. Más me hubiera valido quedarme callada, porque dicho esto, Jimmy arremetía con más entusiasmo aún, y reproducía lo que me había reprochado durante la cocción, a saber, el chirrido del tenedor contra el fondo, esta vez, del plato. No es tan molesto cuando es uno mismo quien lo hace chirriar, decía, y luego agregaba con voz monótona lo que su madre le repetía constantemente: que no tenía los pies en la tierra.

A causa de sus jnoun alterados, Jimmy saltaba rápidamente de un tema a otro, y yo me esforzaba por seguirlo. Debía hacerlo. Me lo había aconsejado la abu. Estar lo más cerca posible de sus jnoun.

Seguramente Jimmy había heredado la adicción de su madre alcohólica. Ella solía desaparecer, a veces durante meses enteros, pretextando una cura de desintoxicación, hasta que un buen día regresaba de forma inesperada, con el rostro colorado como el kétchup. La verdad es que vendía su trasero para pagarse la bebida. Me lo había contado Jimmy.

Los lunes y los martes por la tarde, cuando yo trabajaba en la caja, ella siempre aparecía a eso de las ocho, una hora antes del cierre, y llenaba su bolsa de la compra con la cerveza más barata, de nombre impronunciable. Si esa birra hubiera tenido el nombre de un dinosaurio, seguramente habría sido Archaeodontosaurus, a tal punto la tipografía misma era anticuada. Esas letras rojas me indicaban que estaba frente a la madre de Jimmy: después de un cierto tiempo en la caja, mi cerebro prestaba más atención a los artículos que a los clientes. La madre de Jimmy era la única persona que compraba esa cerveza. Aquella era una sucursal pequeña de Chispa, que se recorría rápido, y la clientela era casi siempre la misma, vecinos del barrio, sobre todo abuelas y abuelos, pero también rateros acabados frente a quienes optaba, la mayoría de las veces, por hacer la vista gorda.

La madre de Jimmy entraba por la puerta automática de salida, enfilaba hacia la sección dinosaurios y amontonaba cuidadosamente las birras herbívoras en una bolsa de tela con el logo del Chispa: una bola de fuego. Yo empuñaba la primera lata levantándola de la cinta transportadora; sabía que ella dejaría las otras en la bolsa que yo misma le había vendido semanas atrás. Le había explicado que era más ecológica que las de plástico. Pero en ese momento estaba lejos de imaginar que no la soltaría nunca más, que la convertiría en su bolsa de birras oficial, su bolsa de doce birras, porque siempre compraba doce. Ponía una sobre la cinta transportadora para ahorrarme el trabajo de escanear doce veces la misma birra, doce veces el mismo precio, y me decía, mira, hay doce. Y si un día me hubiera dicho catorce, creo que yo igualmente habría contado doce, a tal punto sentía que ese era su número. Y solo por escuchar una vez más el sonido de su voz, incluso si sabía la respuesta, le preguntaba si había doce en total, o doce más la que acababa de pasar por el escáner. Ella respondía doce en total, y me tendía el puño lleno de monedas. Eran tantas que, hasta de niña, a mí me hubiera dado vergüenza introducirlas en la hucha de la colecta Monedas Amarillas.

Al cabo de unos minutos, lograba meter en la caja la cantidad total de seis euros con sesenta y ocho céntimos. Le devolvía las monedas restantes, y ella me hacía saber con un gesto de sus manos que podía quedarme con el tícket.

Jimmy no era un tícket. No se puede abandonar a un hijo como si fuera un tícket. Si algo teníamos en común Jimmy y yo era la falta: en su caso, de padre; en el mío, de madre y padre. Con Jimmy hablábamos de eso a menudo, pero yo andaba con pies de plomo porque su padre era el tema por excelencia que podía desatar una crisis. Cómo le molestaba que pronunciara su nombre. Me decía, vamos, Penda, ármate un porro en vez de usar la boca para decir pavadas. Y se ocultaba detrás del humo de un cigarrillo hasta que yo terminaba de armar. No hacía falta ser la Señora psiquiatra para adivinar que una parte de su malestar venía de la falta de padre. Ambos sufríamos del mismo malestar, estábamos hechos de la misma sensibilidad, del mismo fuego. La única diferencia era que, en mi caso, nadie había puesto en palabras lo que yo sentía. Todavía no, porque al paso que íbamos, y por cómo nos ahumábamos el coco todo el santo día, estaba convencida de que, más tarde o más temprano, llegaría mi turno. Jimmy decía no, tú eres fuerte, Penda, y además tienes a Abu Pirata, que es la mejor amansalocos que hay.

De todos modos, el día de los fideos chicle Jimmy habló. Había terminado su plato y tenía los puños cerrados, cubiertos en parte por las mangas de su buzo con capucha violeta. Lloraba, y en algún punto me tranquilizó que en él aún vibrara algo, a pesar de lo difícil que era su historia. ¡Oh!, dijo, ¿cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado en Senegal? Era ahí donde su madre había conocido a su padre, y luego había vagado algunos años antes de volver a Francia ya en un estado lamentable. Me acerqué a Jimmy, tomé su mano izquierda y la abrí dedo por dedo, como una flor que despliega sus pétalos. Se me vinieron muchas palabras a la mente, pero las únicas que salieron de mi boca formaron una frase digna del entusiasmo que me caracteriza: Te prometo, Jimmy, que un día regresarás a Senegal.

Tercer lugar

Senegal era la tierra que Jimmy y yo teníamos en común. Allí no era aquí, pero como aquí me tomaban por alguien de allí, y allí por alguien de aquí, yo también tenía dificultades para, simplemente, ser.

La primera vez que subí a un avión tenía doce años y fue para ir a Senegal. El lugar donde Jimmy había nacido, donde había vivido los dos primeros años de su vida. Justo antes de nuestra partida, había pasado por casa para despedirse de la abu, de Shango y de mí. El pobre solo quería una cosa: viajar con nosotras a la tierra de sus ancestros, como él decía. Sus ancestros era su padre, porque en cuanto a su madre, aunque de base es blanca, como ya dije, el color que predomina en su cara es el rojo kétchup. Francamente, una mujer roja y un hombre negro podrían haber hecho algo mejor que traer al mundo a un chico esquizo. A decir verdad, para los padres habría que inventar un color especial: el de la ausencia. Engendran críos, se visten como occidentales, dicen que van a comprar cigarrillos y ¡chau!, no los ves nunca más.

El padre de Jimmy venía de un pueblito al sur de la Casamanza llamado Bissassou, pero vivía en Dakar. Había conocido a la madre de Jimmy en la playa, y como muchos senegaleses, su deseo más ardiente era tener una mujer blanca. Fue la abu quien me lo dijo, que era algo frecuente en su época. En cuanto a la madre de Jimmy, en cuanto se dio cuenta de que Thierno Fall no la amaba realmente, regresó a Francia con su único hijo, Jimmy Fall. Desde entonces, él solo soñaba con encontrar a su padre. Decía que tenía sus mismos ojos, con la esperanza de que yo lo buscara durante mi viaje. Le dije sí sí sí, pero dentro de mi cabeza más bien estaba organizando mi propia supervivencia. Estaba ocupada sellando un pacto con mi djinn, quien debía mantener la discreción y dejarme en paz durante las tres semanas de viaje.

Solo que las cosas no pasaron como yo había imaginado. Para nada. Mi djinn estaba loco de contento, creía que sería recibido como un nativo, que podría servirse de mi piel negra para pasar desapercibido. El problema es que, en materia de djinns, los senegaleses son muy quisquillosos. Apenas llegamos, nos hicimos notar enseguida.

Aunque con la pinta que yo tenía debería habérmelo esperado. Es muy simple: cuando eres senegalesa, si no vas bien peinada y tampoco estás casada, o eres una drogadicta o eres una artista. Ninguna senegalesa digna de ese nombre se rapa la cabeza. Yo le había concedido eso a mi djinn, para ofrecerle una apariencia masculina. Él y yo teníamos un acuerdo, yo me rapaba la cabeza a cambio de que él me ayudara en París cuando realmente lo necesitaba. Me aferré a la idea de que llegar calva podría desviar la atención. Me tomarían por una senegalesa original. Mi djinn me había hecho tantos favores que no podía renegar totalmente de él. Me resultaba útil, por ejemplo, cuando trabajaba como nana de chicos blancos. Solo él me ayudaba a olvidar que era negra. A veces su negación de la realidad era tan grande que lograba concentrarse solamente en el ser humano que se disponía a conocer. Yo cedía, consentía temporalmente en no ver más que seres humanos en lugar de árabes y negros, sabiendo que la próxima vez haría valer mi criterio. En esos momentos, solo nos atravesaba el instante presente, con sus dudas, sus alegrías, su imprevisibilidad. La única cosa a la que me aferraba era a ser mujer. Porque del montón de cosas que no había elegido, ser mujer solía ser un problema de segundo orden.

Estar en un país de población mayoritariamente negra fue muy fuerte para mi djinn. Has visto, amigo mío, no es tan fácil, le decía yo. Pero él persistía en su fantasía, lo que hizo que, desde el comienzo, no estuviéramos en la misma longitud de onda. Por primera vez en mi vida estaba en el país donde había nacido Abu Pirata; él, en el corazón del exotismo. Me molestaba mucho decepcionarlo, pues apenas podía balbucear un «buen día» en wolof. En la palabra wolof está wolf. El idioma es un lobo para el hombre. Por suerte no estaba sola; Shango y la abu estaban conmigo.

Shango tenía la suerte de hablar lobo, aunque muy pronto comenzó a darle pereza traducir todo lo que decía la abu. Lógico. En particular, lo que la abu le contaba todas las tardes a Aminata, su hermana menor, bajo un árbol de mango. Yo solía quedarme con ellas escuchando lo incomprensible, poniendo a trabajar mis habilidades deductivas, a tal punto que Aminata, que no hablaba una palabra de francés, llegó a sentir un gran afecto por mí.

Aminata solía recostarse a mi lado e intercambiábamos sonrisas y ternura. Repetía mi nombre, acariciando largo rato mi antebrazo. A veces yo le leía fragmentos de libros. Las moscas latosas que volaban a nuestro alrededor no perturbaban para nada su escucha. Lo que me

alentaba a continuar era la costumbre que tenía de repetir ciertas palabras, aquellas que atraían su atención más que otras, quizá para familiarizarse con ellas o para hacerme saber que seguía escuchándome. La palabra «oro» la hacía reír, tal vez porque fonéticamente no está muy lejos de «agua» en wolof, según me mostró. Y por eso yo decía «oro» adrede al comienzo o al final de algunas frases.

De todos modos, hablar wolof, o al menos fulani, no habría bastado para satisfacer las expectativas de los senegaleses. En París, mis orígenes jamás habían sido puestos en duda. Solo querían saber de mí si era una negra de los valles, una negra de las islas, una negra del desierto o una negra de la costa.

Tres días más tarde, mientras comíamos un guiso kandja a la sombra de un gran árbol de mango, uno de sus frutos cayó sobre mi cabeza. El golpe puso fin al sueño de mi djinn y fue el punto de partida de la bronca que siguió. Un grupo de chicos nos miraba con insistencia a Shango y a mí, como si fuéramos animales de circo. Nos miraban y se morían de risa, era el colmo de la falta de respeto. Mi djinn ya no los aguantaba más, si hubiera podido arrojarles el sol en la jeta, lo habría hecho. En lugar de eso, arrojó el mango contra un baobab, y la fruta comenzó a chorrear su jugo asqueroso. La abu y Shango me miraron furiosas.

Los chicos del barrio, interpelados por los gritos de mi djinn, recogieron el mango arenoso y empezaron a comérselo. Mi djinn se dirigió hacia ellos y les dijo, voy a mostrarles de lo que son capaces los blancos. Dicho esto, les arrojé mi skate, el primero que había tenido en mi vida, del que no había querido separarme durante el viaje, y que los mocosos se apuraron a recoger antes de salir pitando en todas direcciones.

Mi djinn estaba orgulloso de sí mismo como una criatura. Era la primera vez que se manifestaba a través de mí con tanta violencia. Durante semanas enteras se jactó de no ser un gallina, como yo aseguraba. Lo llamé cagón; hay más hormigas que hombres, hay más mosquitos que hombres, y, sin embargo, nosotros aplastamos a las hormigas, no son las hormigas las que nos aplastan, así que la cuestión de la minoría es más bien la cuestión de quién domina a quién.

Cuando me moría de aburrimiento, iba a sentarme al borde del lago, cerca de la casa de Aminata, y llamaba a Jimmy. Al hablar por teléfono con él, que deseaba tanto estar ahí y conocer sus raíces, me veía obligada a sostener el mito, aunque no sin lucidez. Cada

experiencia valía por sí misma, y la suya sería necesariamente diferente de la mía. Hablábamos de banalidades, el clima, la comida, los lagos, y yo le enviaba fotos de paisajes, algunas de las que había tomado en la ruta entre Dakar y Ziguinchor. Jimmy comenzaba con emoticones de corazón o pulgares hacia arriba. Él también se aburría, los porros ya no lo colocaban. Y yo lo extrañaba, extrañaba nuestras largas tardes viendo pelis; él, acostado en el sofá, y yo, en la profundidad del sillón a su derecha. En la mesa, sobre un montón de facturas impagas, reinaba el control remoto. Jimmy solía sostenerlo con una mano floja que asomaba de la amplia túnica tradicional que le servía de manta. ¿Hay algo más reconfortante que estar cerca de los nuestros?

Antes de nuestro regreso al barrio, la abu se había abastecido de agua milagrosa, incienso y vestidos de todos los colores. Yo tampoco volvía con las manos vacías, tenía un regalo para Jimmy. Nada demasiado extravagante, una sencilla pulsera de plata con su nombre grabado en árabe. Nunca más se separó de ella, como un preludio de la aventura que un día viviría.

Cuando pienso en todo esto, diez años y muchos episodios más tarde, creo que ese viaje me permitió comprender de otro modo lo invisible en mí. Entendí que no hay nada más cansador que tener que justificar la propia existencia, ya sea de un lado o del otro del Mediterráneo. Mi anhelo estaba en otra parte, en un lugar donde las cosas tendrían más importancia que los seres, donde lo invisible serviría para imaginar un nuevo mundo digno de volverse visible.

Todo está bien

Ya hacía una semana que Jimmy estaba en el hospital psiquiátrico. Y yo, en lugar de hallar un modo de sacarlo de ahí lo antes posible, contemplaba las grietas del techo, sumergida en un baño sin espuma.

Aún estaba en eso cuando alguien llamó a la puerta. Dos veces. Abrí y Shango dijo, qué onda, cómo va. Un qué onda largo. Respondí qué onda. Un qué onda corto. Con ella podía decir qué onda, incluso abusaba del qué onda, hasta tal punto mi jerga estaba bajo censura fuera de mi entorno cercano. Y aunque dijera qué onda delante de otra gente, wallah, no era el mismo qué onda, no se pronunciaba igual. Están los que dicen qué onda porque saben que viniendo de sus bocas no será mal visto, y aquellos que lo dicen porque cualquier cosa que digan será mal vista. De todos modos, hoy día todo el mundo dice qué onda, así que hay que crear códigos nuevos, desempolvar viejas palabras, inventar otras, porque el idioma por sí mismo se ha convertido en una start-up.

Shango había venido a hacerme trencitas. No tan largas como las que yo usaba habitualmente. Con respecto al tinte, creo que estábamos en un B1, trenzas negras renegridas.

Lo que más disfruto cuando Shango me peina es que hablamos todo el tiempo del pasado. En verdad, no hay nada que hacer excepto permanecer atenta a la sensación del peine sobre mi cuero cabelludo, a la temperatura de sus dedos cuando entran en contacto con mi piel, a la cadencia de su respiración, al sonido que hacen las mechas al cruzarse, un susurro de hojas secas en otoño.

Su memoria me sorprende, porque es capaz de recordar a la perfección situaciones que yo he borrado de mi cabeza. Pasó el mango del peine varias veces por el mismo perímetro y luego dijo entre trenza y trenza, ¿qué onda con Chico? ¿Te acuerdas cuando los pesqué a punto de…?

Si hay algo que no olvidaré nunca, es ese día de verano. Wallah!, ¡lo juro! Estaba sola en el edificio okupado, el lugar insalubre donde crecimos Shango y yo hasta que nos reubicaron en este departamento más o menos decente del distrito décimo. Chico y su madre también vivían ahí, mismo piso, todavía hijo único.

Chico quiso hacerlo conmigo muchas veces. Yo le respondía que nunca lo había hecho, hasta que un día acepté, pero con una condición: que después subiéramos al quinto piso a ver si la dama blanca realmente se aparecía en el edificio. En esa época, yo tendría apenas diez u once años, él un poco más, todo el mundo decía que ese edificio estaba embrujado.

Entonces él puso el video. Yo no sabía qué peli era, hasta que vi la primera imagen. No había créditos, solo un hombre que nos mostró su bangala diciendo hello. Chico respondió a ese hello sacando él también su bangala, y me dijo que, si se lo acariciaba, se le pondría tan grueso como al hombre del video. Yo pensé, Penda, si le tocas el bangala, más vale que él te toque las tetas, en la vida todo es dar y recibir. Chico estuvo de acuerdo, pero cuando intenté desvestirme, se me atascó la cabeza en el cuello del suéter. Ese fue el momento que Shango eligió para abrir la puerta.

Shango ya era mayor cuando yo era niña. Nunca estaba en casa, solo pasaba por allí algunos domingos, para ver si de casualidad no me había muerto. Me preguntaba si Chico me había estado molestando, y yo le decía que no. Me preguntaba, entre otras cosas, si me había bañado, a lo que yo respondía que sí, y antes de regresar a casa de su novio, insistía en mostrarme por enésima vez cómo encender el gas para calentar el agua y cómo cerrar el gas después de calentar el agua. Decía que era peligroso, y aunque yo le dijera que me lo sabía de memoria, no podía evitar dejarme notitas adhesivas por toda la cocina. En la que había pegado sobre la garrafa había dibujado una flecha para indicarme en qué sentido debía cerrarla. Yo sabía que, si me olvidaba de cerrar, el gas se propagaría por todo el edificio y una mínima chispa podría hacer explotar todo.

Mi problema era que, a veces, cerraba tan fuerte la tapa que luego no lograba volver a abrirla. En pequeñas cosas como esas pensaba cuando estaba acostada en mi cama por la mañana. Me decía a mí misma, Penda, si cerraste la garrafa con la fuerza de tus manos, no hay razón para que no puedas volver a abrirla. Pero en la vida a veces pasan cosas que no tienen ninguna lógica. Entonces subía a buscar a Chico para que viniera a ayudarme. Él abría la garrafa con facilidad, pero era incapaz de ocuparse de las trampas para ratas. Creo que había decretado que, por ser mujer, me correspondía encargarme de las ratas y las cucarachas. Lo consideraba una tarea doméstica, y a mí me importaba un pito porque al menos eso me mantenía ocupada.

Que no viviéramos en una casa de verdad no quería decir que yo no fuera una niña de verdad. Como todas las demás, me gustaba ver la

tele hasta tarde, me gustaba el crac-crac que hacían las papas fritas sobre el sillón cuando me sentaba encima, y también me gustaba quedarme tirada en la cama. De todas esas cosas me daba una panzada cuando la abu no estaba.

También me encantaba ir a la escuela, porque durante las vacaciones me aburría como un hongo. La abu viajaba muy a menudo a Gabón para buscar nuevas plantas medicinales. Como Shango ya era lo bastante mayor como para tener novio y estaba siempre en casa de él, me quedaba el departamento para mí sola. A veces me instalaba en el cuarto de Shango porque había chicles de menta secos pegados bajo el escritorio, y yo los mascaba hasta el cansancio cuando ya no quedaba nada que llevarme a la boca.

Chico y yo subimos juntos al quinto piso, como habíamos acordado. Por el camino vimos ratas forcejeando en las trampas que yo había colocado previamente. La verdad, parecían tontas; por lo general no se dejaban agarrar tan rápido. Como evitaban los rincones, las escaleras eran el sitio perfecto para capturarlas, aunque la abu me hubiera prohibido poner trampas en ese lugar de paso. Por más que yo le explicara que de ese modo se lograba atrapar más, ella decía que era muy peligroso. Pero yo las ponía igual.

Chico y yo seguimos avanzando y atravesamos el largo pasillo silencioso que llevaba al departamento de la dama blanca. Caminábamos hombro con hombro, pegados como siameses; nuestras sienes latían a lo loco. Cuando llegamos a la puerta, golpeé una, dos, tres veces: nada. No había nadie. Chico insistió en que nos fuéramos. Pero yo le dije que no podíamos darnos por vencidos tan cerca de la meta. Volví a golpear, pero tampoco esta vez hubo respuesta. Ya estábamos regresando por el pasillo cuando oímos el chirrido de una puerta. Breve intercambio de miradas, seguido de una carrera enloquecida en la que Chico tropezó con lo que debía ser una de las muchas trampas para ratas. No sé por qué lo hice, pero justo antes de empezar a bajar las escaleras a toda velocidad, no pude evitar lanzar una última mirada hacia el final del pasillo. Y entonces lo vi. Podríamos atribuirlo a la imaginación infantil, pero estoy más que segura de que lo vi. Ese ser que todos creían que era Aïsha Kandisha, el mito marroquí del que se contaban distintas versiones durante el recreo, no era más que un tipo con rastas y ojos grises. Nuestras miradas se cruzaron el tiempo suficiente para que lo viera desaparecer como un fantasma de cuento de hadas, y luego Chico, todavía muerto de miedo, me arrastró hacia la espiral infernal de la escalera caracol.

Por eso, cuando entre dos trencitas Shango recordó aquel día en que Chico y yo estuvimos a punto de hacerlo, obviamente volví a pensar en esa aparición.

En el tercio superior de mi cabeza el ritmo del trenzado se hacía más fluido. Shango dijo que, cuando terminara, debía ir a casa de Sally a peinarla. Otra vez esa tipa. Claramente, me estaba evitando; de lo contrario, habría venido a peinarse a casa como en los viejos tiempos. Shango la quería porque su pelo era menos crespo que el mío y, además, porque pagaba bien.

Para cambiar de tema le pregunté por qué no quería convertirse en curandera. No era porque no creyera en los djinns, me respondió, pero en cuanto al Iboga, su opinión difería tanto de la de la abu que nunca habrían llegado a ponerse de acuerdo. Según Shango, el uso de Iboga estaba muy codificado, no se podía recurrir a esa raíz en un entorno occidental; para empezar, en Francia estaba prohibida, y, además, no curaría a Jimmy de su enfermedad mental. Añadió que los científicos se interesaban cada vez más por el Iboga, y que habían descubierto que tenía propiedades antiadictivas. Ese era el único beneficio que se podía obtener de ella, sacar a Jimmy de la adicción.

Sin saberlo, mi hermana acababa de darme una razón más para ir a buscar Iboga a Fontainebleau. Iría por mí. Dejar de fumar podía ayudarme a ver mi vida con más claridad. De todo eso, a Shango no le dije ni una palabra. Pero le anuncié que la abu quería enviarme a Fontainebleau a buscar Iboga. No se sorprendió, simplemente me dijo que debía ser muy prudente con esa raíz de propiedades muy muy especiales, y que dejara de darle mechones porque ya había terminado con mi cabezota.

Lejos de disuadirla, la entrevista con la Señora psiquiatra hizo que Abu Pirata se convenciera más que nunca de utilizar Iboga con Jimmy. Había encontrado en Lydia Duval a su principal antagonista. A partir de ese momento, todo lo que la abu hacía era con el objetivo de probar que no era una salvaje de la selva gabonesa. No tenía más que una palabra en la boca: Iboga. Y mi iniciación comenzó por ahí, con la historia del Iboga.

La abu contaba que, en los tiempos antiguos, un día Dios llamó a sus dos hijas y le regaló un libro a cada una. Las chicas eran medio hermanas, una negra, la otra blanca.

Dios le regala un ejemplar a su hija negra y otro a su hija blanca. Ambas reciben el mismo libro, que contiene todo lo que es preciso saber sobre uno mismo, sobre el cosmos, sobre el universo. Fue la abu quien me lo dijo.

Pero ¿estaban contentas las chicas de recibir un regalo así de su papá? Súper contentas, aunque en su lugar yo jamás le hubiera pedido a Shango que me lo cuidara para irme a cagar entre los matorrales. Porque fue lo que pasó. Parece que la negra, que era la mayor, dejó su libro bajo un montoncito de hojas y fue a buscar privacidad un poco más lejos, pensando que su hermana menor se lo cuidaría.

Como de casualidad, Dios, que es el amo de las tempestades, las tormentas y los huracanes, programa una gran lluvia para ese día. Como la menor de las hijas está demasiado ocupada leyendo bajo un árbol, se olvida completamente del libro de su hermana, que se empapa a pesar del montoncito de hojas que supuestamente debía protegerlo. Fue la abu quien me lo dijo.

La mayor de las hermanas se ausenta por un rato largo; seguro que aprovecha para dar un paseo. La menor, enfrascada en la lectura, se da cuenta demasiado tarde de que llueve y de que el libro de su hermana se ha estropeado todo. Aun así, intenta salvar algunas páginas que se deshacen entre sus dedos y cuya tinta se disuelve, a tal punto el papel está embebido en agua. Por miedo a la reacción de su hermana, y también para proteger su propio libro, la menor decide volver al pueblo sin esperarla.

Ya de regreso, la mayor le pide explicaciones, sosteniendo en una mano los restos del libro. La menor se disculpa, pero la responsabiliza, argumentando que no debería habérselo confiado. Lo tuyo es tuyo y lo mío es mío, le dice. La mayor acepta las disculpas, con la condición de que su hermana le preste de vez en cuando su libro. La cosa podría haber quedado ahí si la menor hubiera dicho que sí. Pero no pasó eso. Sobre el Corán de La Meca, la menor le dice a la mayor que vaya a ponerse un pantalón de jean. Como en la aldea nadie usaba jeans, ese era el peor insulto que podía haber. Peor que bestia inmunda, cara de pene o sucia ramera. A mí no me hubiera gustado nada que me dijeran eso. Entonces la hermana mayor fue a ver al padre; vaya a saber qué le contaría, pero él no le dio otro libro. Solo tenía dos ejemplares. Yo le hubiera dicho de todo, ¿cómo que no tienes otro? Pero ¿estás seguro de que eres Dios? ¿Cómo lo sabes, a ver?

Si la mayor dijo algo así, él hizo bien en castigarla. Y fue exactamente lo que pasó. El padre castigó a la hija mayor en un sitio apartado del bosque, pero luego sintió lástima y le dio otra cosa. Lo que le dio fue el Iboga. Y la abu concluía el relato diciendo que aquello era un hecho histórico. Luego, con una mano arrugada, volvía a ponerse su característico sombrero.

De ese famoso sombrero le venía a la abu su sobrenombre. La llamaban Pirata porque ella sola encarnaba a las tres abuelitas de la publicidad de Tipiak, tres señoras bretonas de la región de Bigouden que venden cuscús con especias o tabulé. Me pa que el cuscús y el tabulé son platos bretones.

El día que vio ese anuncio, la abu se quedó como loca con las cofias de las bretonas. Se enamoró de ellas casi tanto como del abuelo. Así que le preguntó a todo el barrio dónde podía encontrar una parecida. Cuando se cruzaba a algún niñito en la plaza frente a nuestro edificio, no lo soltaba durante horas y siempre hablaba de lo mismo, fastidiaba a todo el mundo con esa dichosa cofia. Una mañana de primavera, Chico acabó encontrándole una en el mercadillo de Espièglerie. Desde entonces, fue su signo distintivo.

El anuncio había salido por la tele algún tiempo atrás, pero volvía a aparecer en pantalla cada dos años, y cuando la abu escuchaba las voces de las bretonas, el tiempo parecía detenerse para ella. Aunque hubiera una olla en el fuego, aunque estuviera hablando por teléfono con Tonino, aunque Jimmy empezara a desvariar, nunca dejaba de recitar el eslogan final junto a las tres bretonas de Bigouden, que hoy

ya deben estar muertas.

¡Pirataaaas!

Antes de que me olvide, hay algo que debo aclarar acerca de la abu. Abu es un nombre senegalés, lo que no tiene nada que ver con el hecho de que Abu sea, además, mi abu.

Después de la teoría histórica, pasamos a la teoría sobre las plantas. El aprendizaje sobre plantas era la segunda etapa; la más jodida, no voy a negarlo, porque plantas había a montones y cada una de ellas tenía propiedades bien precisas. Me senté a horcajadas en la silla frente a la abu y, antes de comenzar, ella me preguntó cómo andaba mi djinn. Le respondí que seguía tan blanco como siempre. La abu pensaba que con un djinn como ese yo no llegaría muy lejos; había aceptado iniciarme a falta de algo mejor, y porque lo de Jimmy requería un tratamiento urgente. No tenía demasiada fe en mí, lo cual me ofendía, pero como había que empezar por algún lado, la abu arremetió con una pregunta: ¿qué puede una curandera? Entre nosotras había un cuenco de madera lleno de plantas; yo debía nombrarlas una por una después de responder a su pregunta. Expliqué que una curandera es el enlace entre el individuo y la organización invisible, y que puede curar todo tipo de enfermedades pues tiene a su disposición la naturaleza entera.

Intenté reprimir un bostezo que se escapó a pesar de todo, uno de esos que indican desatención más que aburrimiento. Me excusé sin convicción; en el fondo, me importaban un pepino las generalidades. Lo que yo quería era que me hablara del Iboga, quería saber cómo íbamos a utilizarlo, qué efectos produciría y otras cosas por el estilo. Paciencia, me dijo; avanzar despacio no impide llegar. Sinceramente, yo no estaba para andar perdiendo el tiempo con espíritus; el mundo visible ya era bastante complicado. Un mes atrás había puesto fin a una relación amorosa con alguien que no había podido tolerar que mi djinn le hiciera sombra. El hombre era él. Yo me esforzaba en borrar mi parte masculina, y había invertido en la feminización de mi persona: vestidos, esmalte de uñas, aros, pintalabios. Aunque eso no bastaba; daba igual lo que me pusiera, la gente veía a la Negra antes que a la Mujer. Cuando me vestía como un chico, eso no significaba despedirme de los afeites considerados femeninos; simplemente quería sentirme libre de mezclar, en un mismo estilo, los atributos de mi djinn y los míos. Lo único que quería era que me dejaran en paz. Lo hablé con la abu, quien, para subirme la moral, me contó la famosa historia de la sangre menstrual.

Si quieres que un muchacho se enamore de ti con un amor incondicional, basta que te las arregles para hacerle beber un poco de tu sangre menstrual y estará a tus pies, me dijo. Nos reímos, jajaja, mostrando los dientes y con la cabeza echada hacia atrás. La sangre de las reglas se puede disimular superbién en un plato de fideos con kétchup. Pero la abu me advirtió que bajo ninguna circunstancia debía utilizar esos métodos para fines personales, que ese era el principio fundamental que debía respetar una curandera.

Luego, pasamos a las plantas. Tomé una al azar del interior del cuenco; era una hoja de laurel. Malditas hojas de laurel, no tenía ni puta idea de sus propiedades. La abu se exasperó; el laurel era algo básico. Hasta en internet puedes encontrarlo, me dijo. Aprendí que, en infusión, sus hojas sirven para tratar dolores articulares y reumatismos. También que, si se les agrega un diente de ajo, ahuyentan a los malos espíritus. Guardé las hojas de laurel.

Todo aquello era muy lindo, pero el objetivo era ir cuanto antes a Fontainebleau. No había tiempo que perder, porque Jimmy, me dije, en el mejor de los casos iba a terminar convertido en un vegetal, y en el peor, muerto. Pero qué podía hacer yo. De ir sola al bosque, ni hablar. Así que le dije a la abu que iría con Shango, y ella no vio ningún inconveniente. Pero convencer a mi hermana iba a ser dificilísimo; no quería ni pensarlo.

Regresamos al HP con la abu. Dos semanas atrás no había podido observar bien a la Señora psiquiatra. Ni siquiera había pensado en tratar de identificar a su djinn, bien oculto bajo su ropa de médica. Esta vez no llevaba puesta la bata blanca, así que podría captarlo.

Detectar el djinn de alguien no es una ciencia exacta; de hecho, la mayoría de las veces yo creía estar captando un djinn cuando, en realidad, distaba mucho de hacerlo. Hay personas cuyos jnoun son tan poderosos que es posible descubrirlos desde el primer encuentro. Pero bueno, para eso hay que tener la experiencia de Abu Pirata, así que lo mejor era que me fuera entrenando.

La abu me aconsejó escuchar todo lo que las personas no dicen. Todo lo que no dicen cuando hablan. Leer entre líneas.

Un djinn no es un alter ego, ni un doble, ni un fantasma. En mi opinión, lo que más se parece a un djinn es el negativo de una foto. Eso, en la teoría, porque en la práctica es aún más complejo: es invisible.

Así que aproveché para ejercitarme con Lydia Duval, que dijo que los tratamientos psiquiátricos no eran incompatibles con el Iboga. No dijo que fueran compatibles. Matiz. Como buena científica, había investigado sobre el Iboga.

La Señora psiquiatra precisó que ella era una experta en el estudio de las adicciones, pero que era la primera vez que oía hablar del Iboga por la sencilla razón de que esa planta, que no es una planta sino una raíz, estaba estrictamente prohibida en Francia. Cada tres frases se ajustaba los anteojos. Quería saber cómo pensábamos administrársela a Jimmy. La abu comenzó a revolverse en su silla, y luego dijo que el Iboga ahuyentaría definitivamente a los jnoun furiosos de Jimmy si los tratamientos del hospital no lograban hacerlo.

La Señora psiquiatra insistió en que la esquizofrenia es una enfermedad crónica incurable, y luego agregó que ampliaría sus investigaciones consultando a sus colegas de Noruega, país donde la ibogaína era legal. Estaba entusiasmada y a la vez molesta por el descubrimiento de esa molécula que parecía poner en duda ciertos aspectos de su formación profesional. Le resultaba raro no haber oído

hablar del Iboga antes, si es que era cierto que el principio activo de esa raíz podía hacer milagros. Añadió que la legalización de la ibogaína afectaría completamente al negocio de la industria farmacológica, pero que cada vez más biólogos y neurólogos competentes se interesaban por ella.

A continuación, nos reveló el fruto de sus primeras investigaciones. Resulta que, en los años sesenta, un grupo de yonquis neoyorquinos dio con el Iboga de casualidad y lo consumió pensando que era una droga alucinógena, hongos o LSD. Al parecer, después de haber comido la raíz en muy pequeñas dosis sin saber lo que era, dejaron de drogarse definitivamente. En pequeñas dosis, la ibogaína tiene el poder de rehabilitar a cualquier persona que padezca adicción a las drogas duras, cocaína, heroína, así que imagínense los resultados que podría lograr con drogas suaves como el cannabis, dijo la psiquiatra ajustándose los anteojos; unos impertinentes le hubieran hecho falta a esa.

No era nada que la abu no supiera; Shango ya le había hablado de las virtudes del Iboga para el tratamiento de las adicciones, pero que la Señora psiquiatra lo confirmara cambiaba las cosas. Lo vi en sus ojos, todo aquello la había hecho pensar, aunque no lo manifestara. La curandera era ella, y ahora la Señora psiquiatra esperaba que la abu le diera su versión del Iboga.

Solo que la abu aún no había explicado nada sobre esa planta, ni siquiera a mí. No iba a entregar sus conocimientos así sin más, gratuitamente, y menos en un hospital psiquiátrico. Simplemente respondió que lo pensaría, y luego preguntó cuándo saldría Jimmy.

La Señora psiquiatra dijo que, para que el tratamiento fuera más efectivo, intentaría identificar qué zona del cerebro de Jimmy estaba implicada en su enfermedad, y que iba a hacer una resonancia magnética y patatín patatán. Dijo todo eso usando demasiado lenguaje corporal. Para empezar, podría haberlo dicho sin posar una mano sobre su cabeza. Después de acomodarse un mechón de pelo detrás de la oreja, agregó que no sabía si el tratamiento que le había administrado hasta ese momento era el correcto, porque cada esquizofrénico es diferente. Le había prescrito Xeplion 30 mg. Nos tendió una caja en la que decía: suspensión inyectable de liberación prolongada Paliperidona/Intramuscular/1 jeringa precargada. Una descripción muy clara, pero la palabra Xeplion no me sugería nada bueno. Sonaba al nombre de un planeta de peli de ciencia ficción. Pero una cosa era segura: Jimmy no estaba ni cerca de dejar el HP. Día tras día, se transformaba en el vegetal de la habitación 302.

La Señora psiquiatra siguió parloteando con la soltura de quien está en su propia casa. Escuché más de cerca esa voz nasal que ni una sola vez habló de recuperación, ni una sola vez se refirió a la curación, ni una sola vez pronunció el nombre de Jimmy. Me quedé pasmada mirando sus largas uñas color mostaza, que más de una vez ajustaron sus anteojos, más de una vez fueron mordisqueadas por sus incisivos centrales, más de una vez repiquetearon sobre la madera del escritorio. Uñas, dientes y montura de anteojos, todo tan amarillento como el filtro de un cigarrillo. En la muñeca derecha llevaba una pulsera muy fina, y tenía un lunar junto a la comisura de los labios. El famoso lunar sensual. El discreto se encuentra bajo el labio inferior; el majestuoso, en la frente; el dulce, en el lóbulo de la oreja; el alegre, en el pómulo; el atrevido, en la punta de la nariz; y el sensual, junto a la comisura de los labios. Su lunar era muy delicado.

Por más que intentara concentrarme en lo que la Señora psiquiatra no decía, a mi mente volvía una y otra vez lo que nos había explicado un rato antes sobre la esquizofrenia. Shango tenía razón. Todo lo que podíamos lograr con el Iboga era una desintoxicación. Y eso no bastaba para sacar a Jimmy de ahí. Además, la abu quería llevarlo a Gabón, cosa que terminó contándole a la Señora psiquiatra. Pensé que se lo había dicho para meterle presión y acelerar el alta, pero sentí que había otra razón, algo más personal. Para la abu, ir a Gabón a curar a Jimmy era la oportunidad de regresar luego a Senegal, su tierra. Su transformación en curandera la había alejado de los suyos, y aunque no lo manifestara, en el fondo eso la mortificaba. Comprendí la seriedad de su expresión cuando la Señora psiquiatra nos pidió que esperáramos, porque debía atender –según dijo– una llamada telefónica importante, tras lo cual la abu me susurró al oído: Penda, ve a decirle a Jimmy que resista y que esté listo para irse de aquí. Salí de la consulta preguntándome cómo diablos iba a hacer para anunciarle eso.

Jimmy no estaba en su habitación. Caminé por los pasillos unos diez minutos, evitando cruzar miradas con los pacientes, que deambulaban con lentitud meditativa; algo de música zen hubiera bastado para sentirse en otra parte, en una especie de templo para retiros de silencio. Finalmente encontré a Jimmy en el comedor; estaba terminando de merendar en compañía de otros pacientes. Era evidente que no esperaba mi visita. En dos semanas parecía haberse adaptado a la vida en el HP. Cuando me vio dijo, qué onda, qué haces aquí, y alzó los brazos al cielo. Le respondí ven, dame un abrazo. Nada más. Durante un segundo miró a su alrededor, y luego me llevó al patio,

donde estaba permitido fumar. ¿No te has traído un porro? Aunque hubiera tenido, ese era el último lugar donde habría sacado uno. Le di un cigarrillo. El último que me quedaba. Mientras Jimmy fumaba la primera mitad, le conté que la abu quería llevarlo a Gabón para intentar curarlo. Esperaba una reacción más entusiasta de su parte, pero la verdad es que tenía tal síndrome de abstinencia de hierba, que incluso si le hubiera dicho «han encontrado a tu padre y a tu madre», no habría levantado la mirada. Su pierna izquierda golpeteaba nerviosamente el suelo. Me tendió la segunda mitad del cigarro y me preguntó si yo iría con ellos. Le dije que no con la cabeza, recordándole que esta vez le tocaba a él viajar a la tierra de sus ancestros. Entonces volvió a abrazarme.

Yo quería saber cómo se sentía en el HP, si el tratamiento funcionaba, si comía bien. Pero él dijo, ves a esos, señalando con el dedo a dos tipos sentados en un banco a nuestra derecha. Dije que sí. Bueno, él es Simon, hace cuatro años que va y viene entre el CMP y el HP. Solo lo internan aquí en caso de delirio grave. Supuse que Simon era el que balanceaba la cabeza de adelante hacia atrás a intervalos regulares, porque el tipo sentado a su lado parecía estar en sus cabales, y al ver el dedo que lo apuntaba, sin duda se preguntaba qué queríamos de él. Me limité a sonreír bajando el brazo de Jimmy, que seguía apuntándolos con el dedo. La verdad, comparados con el otro dúo paciente-visitante, Jimmy y yo teníamos estilo. Mentira, estoy bromeando; Simon vestía un conjunto gris de tela piel de durazno que Jimmy hubiera aceptado sin dudarlo a cambio de su pijama azul del HP. Simon era bastante conocido por el personal del HP, porque le dejaban vestirse a su gusto. Jimmy siguió hablando. Tiene mucho estilo, dijo. La primera vez que lo vi… ah, antes de que se me olvide, tengo que preguntarle algo, ey, Simon, ¿cuánto falta para que salgas? Simon tardó en comprender que la pregunta era para él; tardó tanto tiempo que el tipo que lo acompañaba se acercó a nosotros. Se llamaba Pierre, se presentó y me preguntó si era la primera vez. ¿Qué tipo de pregunta era esa? No le respondí, y él agregó, ya verás, te acostumbrarás rápido al ambiente de aquí. Penda, mucho gusto. Pierre me ofreció un cigarrillo, lo encendió como quien tiene la costumbre de encender los cigarrillos de otros y disfruta al hacerlo. Le pregunté qué quería decir CMP. Respondió como un profesional. Centro Médico-Psicológico. Básicamente, vendría a ser el HP extramuros, los pacientes vienen cuando quieren, salen cuando quieren, participan en reuniones, reciben seguimiento de asistentes sociales para ayudarlos a insertarse mejor en el ámbito laboral. Básicamente, sería eso... Y… ¿Jimmy y tú…? Ni siquiera terminó su pregunta, de lo incómodo que estaba. Jimmy y yo somos amigos, dije. Se hizo un silencio. El tipo

parecía esperar que le contara toda mi vida ahí mismo. Al menos yo no tenía prognatismo. Simon y él compartían esa característica física, sin duda genética, puesto que eran hermanos. Se dio cuenta de que yo le miraba disimuladamente la mandíbula, pero no dijo nada.

Pierre y yo nos alejamos; lo que nos llegaba de la conversación de los dos esquizos se parecía a una seguidilla de interrupciones. Evidentemente, no terminar las frases no era un obstáculo para comunicarse. Esos dos eran tal para cual. Jimmy nos hizo un gesto para que nos acercáramos, pero Pierre debía irse. Hasta la próxima, señorita. Sí, gracias por el cigarrillo, le respondí. Cuando me uní a los dos charletas, tuve la impresión de molestar, no solo porque cortaron la conversación en seco, sino también por la cara de culo que puso Simon cuando le dije hola. No quise forzar las cosas. Jimmy balbuceó algo para salir del trance incómodo, mientras Simon se alejaba para finalmente ubicarse a algunos metros de nosotros, lanzándome una mirada de pobre diablo asustado.

Jimmy y yo retomamos la conversación donde la habíamos dejado. Hubo que refrescarle la memoria, ¿qué onda ese tipo? ¿Quién es? ¡Ah, sí!, dijo él, es Simon. Como parecía capaz de seguir el hilo, dejé que continuara. Simon escucha unas voces tremendas y sabe hacerlas hablar. A diferencia de mi caso, las voces no son suyas, y por eso sus crisis son súper violentas. Para controlarlas, tiene un sistema que yo también intento aplicar. Todas las tardes, a las seis, se encierra en su habitación sin avisar a nadie y convoca a sus voces para que estas no vengan a molestarlo en otros momentos del día. A Jimmy le costaba articular, por no mencionar su mirada vacía y la lentitud de sus gestos. Yo me hacía un montón de preguntas, lo confieso. Me sorprendí pensando si el tamaño prominente de su cráneo lo hacía más propenso a escuchar voces. Por eso, para evitar pensar en semejantes pavadas, le pregunté qué le decía su voz cuando la escuchaba. Como era de esperar, no respondió exactamente a mi pregunta. Simon, ese tipo que ves ahí, me enseñó una técnica genial para no pasar por… si alguna vez oigo la voz en la calle, por ejemplo, ahí mismo saco el teléfono para responderle; al principio no me convencía mucho, pero la verdad, como idea es alucinante, así la gente a tu alrededor cree que estás hablando con una persona de verdad… alguien que está del otro lado de la línea, ¿entiendes? Sí, había entendido. Pero eso no respondía a la pregunta que le había hecho, a saber, qué le decía esa voz. Volví a preguntarle, y me contó que su voz le repetía todo el tiempo que él no valía una mierda, que nadie se interesaba por él o, incluso, que iba a morir joven.

No supe qué responder. Se hizo un silencio. Jimmy arrojó la colilla en

dirección a Simon, que, al ver la chispa que produjo al entrar en contacto con el suelo, lanzó una mirada en nuestra dirección y luego gritó que la usaría para armarse un porrito. Jimmy respondió, ya voy. Mientras me alejaba, me di cuenta de que yo también tenía muchas ganas de fumar.

Catapum

Cuando volví a la consulta de la psiquiatra, la abu ya se había ido, así que regresé a casita sola, en autobús. Iba en modo «hay alguien más en mi cabeza»; mi djinn estaba ahí conmigo y, por primera vez desde la internación de Jimmy, me pregunté si no estaría yo también un poco esquizofrénica. Si Jimmy y yo teníamos un síntoma en común, era el olvido. En él era instantáneo; en mí, continuo. Cuando no había nadie para recordármelo, olvidaba que era negra, olvidaba que tenía un djinn blanco, me olvidaba, y olvidarse de que una es negra es como tener la guardia demasiado baja en boxeo.

Aunque el autobús estaba repleto, mi djinn y yo pudimos sentarnos tranquilamente. Hasta que una mujer blanca me pidió que le cediera el asiento.

¡Típico! Mi djinn enseguida me vio venir, y ambos nos preguntamos por qué esa buena señora tenía que jodernos justo a nosotros, cuando en ese autobús repleto había hombres y mujeres igualmente jóvenes y saludables. Había caminado hacia mí con una inmensa determinación en la mirada, aunque yo estuviera en la otra punta del vehículo, hacia mí, la única mujer no blanca del autobús, para pedirme que le cediera el asiento, teniendo como único pretexto un mocoso que se aferraba a su pierna como a un cucurucho de helado. Mi djinn dijo que no era el momento de plantearse todas esas cuestiones y me preguntó qué pensaba hacer. Debía responder rápido. La verdad, yo era firme partidaria de mandarla a la mierda, pero mi djinn, que quería conservar su buena reputación, consideró que lo mejor era sugerirle a la señora que le pidiera el asiento a ese hombre bien negro de allí.

Al principio, no acepté su sugerencia. ¿Por qué la mujer iba a venir hacia nosotros, si no era porque quería precisamente nuestro asiento? Le dije a mi djinn que debía haber una buena razón para que a ella no se le hubiera pasado por la cabeza hacer otra cosa. Es sabido que los hombres negros son violentos, sobre todo en el autobús. Las mujeres blancas, incluso estando embarazadas y a punto de parir, no le piden el asiento a un hombre negro por miedo a recibir un buen derechazo en la panza. En cambio, yo era lo más inofensivo que podía haber: tatuado en mi frente se leía «Soy negra».

Por eso, antes de ceder, le dije a mi djinn que le sugiriéramos a la señora que si tanto quería ese asiento se esperara a que viniera a

ocuparlo la próxima mujer árabe o asiática y se lo pidiera. Mi djinn había empezado a perder la paciencia, y había tanto barullo en mi cabeza que la única palabra que salió de mi boca fue: «¡Catapum!».

Creo que a la mujer le dio miedo, porque se dio media vuelta rápidamente. De los hombres que fueron testigos, ninguno le cedió el asiento. Y ella no parecía muy motivada para probar suerte con ellos.

Mi djinn pensaba que yo exageraba. Como de costumbre, no pude decirle que lo que acababa de ocurrir no era un caso aislado. Recordarle las otras dos veces en las que me había pasado eso –mujer blanca, yo negra, misma escena con leves matices– habría sido inútil porque esos días él estaba durmiendo. Mi djinn me consideraba paranoica. Y estuve a punto de cortar relaciones con él, pero terminé perdonando, no a aquella buena señora, sino a mi djinn, porque en realidad no tenía opción.

A veces me costaba escucharlo, lo ignoraba, incluso renegaba de él, pero mi djinn tenía una cualidad envidiable: sabía anticiparse. En sus días buenos, me decía que evitara a tal o cual persona que me iba a preguntar mi opinión sobre tal o cual peli donde actuaban negros, y aunque no siempre estuviera de acuerdo con él, porque yo podría pasarme horas hablando de pelis, sabía que podía confiar en su criterio, sobre todo cuando me juraba sobre el Corán de La Meca que yo no había visto la peli en cuestión, y que una chica que lleva tatuado en la frente «Soy negra» no pinta que pueda tener una opinión crítica sobre una peli donde trabajan negros y que ni siquiera ha visto. Mi djinn también decía que, si encima yo no era capaz de hablar de Dakar y sus costas con fervor y entusiasmo, más me valía seguir mi camino e irme a donde me apreciaran por lo que era y no por lo que representaba.

Los únicos momentos de contemplación que me permití mientras Jimmy estaba en el HP los dediqué a la escucha atenta de las palomas que ululaban en mi balcón. Las palomas son aves desagradables que me recuerdan que el tiempo pasa y que no hago nada. Cuando volví del HP, estaban ululando tan fuerte que decidí ir a echar un vistazo. A una de ellas se le había atascado un ala en la malla metálica del balcón de arriba. Desde mi ventana veía su cuerpito colgando y me dije, Penda, debes hacer algo para salvarla. La paloma se debatía con todas sus fuerzas; sentía dolor. El hilo de alambre se le había clavado en el ala izquierda. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que el ave perdiera el miembro definitivamente en el intento de salvarla. ¿Qué hacer? Fui a la cocina a buscar unas tijeras. Cuando regresé, la paloma seguía ahí, como si lo supiera.

Por desgracia, estaba demasiado alta; no podía alcanzarla. Volví corriendo a la cocina a buscar un banquito. Era una paloma valiente como pocas veces se ha visto; no podía dejar que la palmara así. Sus ojitos redondos de paloma parecían decirme, Penda, debes salvarme. Y yo sabía que iba a ser complicado, porque la idiota de ella estaba súper atascada en el alambre. Así que me puse a cortar la malla por partes. Asustada, el ave comenzó a agitarse y a perder plumas. No pude llegar hasta ella. Estaba demasiado alto, y me molestaba que fuera tan estúpida. El alambre colgaba desde el balcón de Jimmy. De más está decir que, teniendo las llaves de su departamento, y aunque la abu me hubiera prohibido estrictamente poner un pie allí, la tentación era demasiado fuerte. Ese lugar podía estar infestado de djinns bebés, decía ella. Debo confesar que salvar a la paloma no fue lo que me hizo correr como una centella hasta casa de Jimmy. En verdad quería ver cómo vivía. Mi djinn no recibió la idea con gran entusiasmo. Quizá en casa de Jimmy también hay djinns enfurecidos, me dijo. Pero no le hice caso.

Como medida de precaución, toqué el timbre antes de poner la llave en la cerradura. No había moros en la costa. Ni un alma. La puerta blindada opuso una ligera resistencia. Algo la bloqueaba, lo que hizo que no se abriera del todo, apenas lo suficiente para que yo pudiera deslizarme por la rendija adelantando un hombro.

Pensé en una bolsa de basura que uno prevé sacar en breve, puesta junto a la puerta. Pensé en una cómoda, en un zapato suelto, en una

planta de interior, en todo lo que se puede dejar en el umbral de un departamento.

Pensé que era algo de madera, de pizarra, de vidrio o de plástico, antes de darme cuenta de que no era más que una paloma maltrecha batiendo las alas sobre un zapatero. Debía haber unas cincuenta dentro del departamento; bueno, quizá exagero, pero de verdad que había un montón. Quizá yo también estaba alucinando como una chiflada, pero había visto cosas peores en el edificio okupado, ratas, cucarachas, murciélagos, así que para mí una invasión de palomas era como una fiesta de Halloween.

Algunas se estaban dando un baño en el fregadero de la cocina, otras se relajaban junto a la estufa eléctrica, y otras habían construido un nido en un zapato, o un zapato en un nido, da igual. Pero a las que se veía particularmente cómodas, aquellas a las que mi intrusión en su territorio no les hizo temblar ni una pluma, eran las que estaban en la habitación de Jimmy. Era por ahí por donde habían entrado, porque la ventana estaba abierta de par en par. En un rincón había un hámster en una jaula. Compinche de las palomas, el roedor convivía con ellas en total armonía. Aquello podría haber sido conmovedor, podría haberme quedado horas contemplándolos, si no hubiera recordado la razón por la que estaba ahí. Había una paloma en el balcón. Una paloma que salvar. Y me estaba esperando. Con esa mirada tan expresiva, como si me dijera, por qué tardas tanto, Penda.

Desde el cuarto de Jimmy tenía un mejor ángulo visual. Lo primero que hice fue tirar del alambre hacia mí para traer a la paloma a tierra firme. Aunque no era para cantar victoria, al menos pude liberarla. Pero estaba muy jodida del ala. Estaba claro que esa paloma no podría volver a volar. Sangraba, temblaba, era cuestión de tiempo que estirara la pata. Y parecía ser consciente de eso. Sin saber qué hacer con ella, la dejé sobre la alfombra grasienta y decidí irme. Pero justo cuando me disponía a cerrar la puerta, volví sobre mis pasos. Ya que estaba ahí, lo menos que podía hacer era darles algo para picotear.

La cocina era mucho más grande que la habitación, pero resultaba igual de difícil abrirse camino en ella. Había latas de cerveza vacías compradas en el Chispa, cajas de pizza con restos de queso reseco, trozos de papel de fumar, cigarrillos a medio fumar. Entre la heladera y el microondas había una bolsa grande de arroz casi vacía. Saqué un recipiente limpio del lavavajillas. Un olor rancio acabó despertando a mi djinn, que se preguntó qué cuernos hacíamos todavía ahí. Llené el

recipiente de arroz y lo dejé en la habitación de Jimmy, cerca de la paloma herida.

Jimmy parecía brindarles una atención muy especial a esas palomas. Si no regresaba pronto, el departamento se volvería insalubre y todo el edificio se convertiría en un enorme cementerio. Creo que ocuparse de las palomas era su modo de afrontar la muerte.

Hombres lobo

Volví al departamento al día siguiente; suena raro, pero me sentía atraída por ese lugar. Después de espantar a algunas aves de encima de un pantalón sucio que encontré tirado y cuyos bolsillos revisé, me acosté sobre el colchón mugriento donde Jimmy debía pasar sus noches. Me armé un porro con lo que me había dado Chico y escuché el canto de las palomas. Una de ellas alcanzaba unos graves alucinantes. Empecé a sentirme extrañamente bien entre todas esas palomas, a pesar de que los muelles del colchón me traspasaban la columna vertebral, no lo voy a negar. Algo que no podía explicarme me tranquilizaba de forma increíble.

Permanecí allí, con los ojos clavados en una grieta del techo, escuchando la sinfonía de graves, agudos, intermedios.

Extrañaba a Jimmy. Lo que más extrañaba eran nuestras partidas de Los Hombres Lobo de Thiercelieux. En el suelo, cubierta de cacas de paloma, yacía una de las cartas de aquel juego de mesa. Casualmente, era la carta de la bruja. En sus más oscuros trances de delirio, Jimmy aseguraba que yo era una bruja. Aunque nunca había sido violento conmigo, dos o tres veces había tenido que lidiar sola con sus crisis. Entonces se extraviaba tanto, que los «ellos» empezaban a aparecer; ya llegan, vienen a buscarnos, nos observan, decía. Una vez, desesperada, sin saber ya qué decirle, le propuse jugar a los hombres lobo. Todo el mundo sabe que no se puede jugar a los hombres lobo siendo cuatro, es decir, él, yo y nuestros respectivos djinns. Así que repartí las cartas entre las criaturas que Jimmy parecía ver a nuestro alrededor. Hasta me descubrí fingiendo estados alucinatorios por solidaridad con él. La cosa funcionó, pude calmarlo. Desde entonces, las partidas de los hombres lobo le permitían vivir plenamente sus crisis dentro de un espacio en el que todo lo que salía de la normalidad estaba permitido. En esos momentos, yo hacía todo lo posible para que Jimmy no sintiera que estaba solo.

Como entusiasta animadora de la partida, no había nada más importante para mí que crear el ambiente. El objetivo del juego es simple: los aldeanos deben exterminar a los hombres lobo, los hombres lobo deben exterminar a los aldeanos. Por más que Jimmy jurara sobre el Corán de La Meca que yo era una bruja, mi djinn no se dejaba engañar.

Lo que me hacía morirme de risa era que cuando yo decía «todos duermen en el pueblo de Thiercelieux», Jimmy no estaba de acuerdo en que la partida transcurriera ahí. Respondía que se cagaba en Thiercelieux, que él quería que fuera en África. Todos duermen en África, gruñía como un idiota. Y por más que le dijera que Thiercelieux no era un lugar real, que solo existía en el juego, él insistía. El África que Jimmy imaginaba durante sus brotes era tan ficticia como Thiercelieux, pero de momento, como no estaba segura de que hubiera hombres lobo en África, mantenía Thiercelieux como espacio imaginario para la partida. Era obvio que Thiercelieux quedaba en Francia, sería algún pueblucho perdido en lo alto de la montaña, con ochenta habitantes, todos blancos. Y nosotros, a excepción de mi djinn, éramos todos negros. En aquel pueblo éramos inevitablemente hombres lobo, aun cuando no fuéramos hombres lobo.

Después lo averigüé bien: Thiercelieux sí existía. Quedaba en el mismo departamento que el bosque de Fontainebleau. Todos los caminos conducen al 77. Otra señal de que debía ir hasta allí lo antes posible. Pero en vez de eso, me quedé vagueando, y llegué a sentirme tan bien acompañada entre esas palomas que hasta pasé ahí la noche. Estaba descubriendo las virtudes insospechadas del arrullo de aquellas aves, una cuestión de frecuencia sonora, y fueron esas ondas las que me despertaron al amanecer. Era demasiado temprano para volver a casa y correr el riesgo de despertar a la abu, así que seguí vegetando frente a la tele. Cuando los primeros rayos de sol pegaron sobre la pantalla, apagué el televisor, les cambié el agua a las palomas, tiré los restos de arroz podrido y luego salí al balcón para ver si la paloma herida aún estaba allí. A decir verdad, de ella solo quedaban partes, una pata, algunas plumas y unos trozos de carne que arrojé por una rendija del balcón empujándolos con el pie. De pronto oí un grito, ¿quién está tirando palomas por la ventana? Me eché hacia atrás en actitud furtiva. Cuando volví a asomar la cabeza, Sally seguía ahí abajo, y estaba furiosa.

Me hice la indiferente, pero en el fondo mentiría si dijera que no le tenía envidia. Hasta de lejos se notaba que la tipa olía bien. Vivía en un súper loft con su madre y con Léa, su madrastra. Todo el tiempo, hasta cuando llovía, usaba anteojos de sol de marca. Cuando uno tiene plata, el día siempre está más o menos soleado; Sally sí que nos hacía sentir la falta de vitamina D. El sueño dorado de Chico era cogérsela para vengar a su clase; más allá de que le pareciera linda por su piel súper clara, ella encarnaba lo que nosotros no seríamos nunca. Sentí

una bronca tan grande que, por primera vez en mi vida, llegué a decirme que debía considerar seriamente la posibilidad de volverme lesbiana. Si tuviera que dar una explicación objetiva a mi vida sentimental inexistente diría que, entre los hombres blancos o negros que por alguna razón no me atraían, los hombres blancos o negros que fantaseaban conmigo por mi piel chocolate y aquellos que me descartaban absolutamente por mi piel chocolate, el campo de los posibles era cada vez más reducido. No me olvido de los hombres árabes; fue gracias a uno de ellos como desarrollé mi teoría de la trilogía, que en resumen sería así: los bearas son negrofóbicos; los grones, coloristas; los blancos, negrófilos. Lo más inquietante es cuando un hombre es las tres cosas a la vez. ¡No, conmigo no cuenten! Penda queer, me guste o no. En todo caso, cada vez me parecía más evidente que la heterosexualidad era algo reservado a los ricos.

Cuando estábamos en el liceo, Sally y yo solíamos reunirnos en su loft al anochecer. Tomábamos vino mientras escuchábamos a La Queen con el volumen a tope. Todavía me parece ver sus forzados movimientos de cadera, era demasiado, realmente era demasiado hacer eso con un tema de La Queen, yo prefería dar unos pasitos discretos. E incluso si hoy todo eso me pone un poco triste, wallah!, juro que era para morirse de risa ver hasta qué punto Sally hubiera dado lo que fuera por encarnar a la salvaje.

Sus movimientos eran muy exagerados y me costaba seguirlos. Criada por su madre y por Léa, dos blancas ricas, Sally pensaba que juntándose conmigo encontraría sus raíces, que yo le serviría de coartada o vaya a saber qué, pero personalmente siempre me sentí más a gusto con mis compañeras blancas pobres como yo, porque al menos con ellas podía llorar mis penas en total seguridad. Sabía que Sally y yo no jugábamos en la misma liga, aunque al principio hubiera pensado ingenuamente que eso no nos impediría seguir siendo amigas.

La cuestión fue que no le gustó nada que le dijera que no estaba obligada a ponerle tanto picante a su tieb cuando venía a comer a casa; no le gustó nada que le dijera que se notaba de lejos que no lo disfrutaba, no le gustó nada que le dijera que no estaba obligada a perrear como una endemoniada si después iba a sufrir contracturas durante una semana entera, y que no estaba obligada a imitar el acento de Abu Pirata para que ella la entendiera. En verdad, no se lo dije todo de una vez, ni tampoco en ese orden, pero como no le gustó ni en el fondo ni en la forma, se distanció de mí. Me evitaba, pero yo sabía que me extrañaba. La verdad, yo también. Verla esa tarde me dio nostalgia.

Sin saberlo, Sally me hacía pensar en todas mis amistades fracasadas. En la escuela, los otros chicos me consideraban rara. Le envidiaba a Shango su facilidad para estar bien acompañada. Tenía el mismo grupo de amigos desde el jardín de infantes; yo, en cambio, a pesar de mi innegable capital de simpatía, siempre había privilegiado los individuos antes que los grupos. Y eso no me había ayudado, porque en el cole me juntaba con personas híper populares y, al mismo tiempo, con la gente más friki que había, hasta que llegó el momento de elegir. Porque de eso se trataba, de elegir mi bando, y como nunca fui capaz de hacerlo, me ubicaron contra mi voluntad en el grupo de los frikis, aunque mi verdadera naturaleza fuera evolucionar como un Pokémon.

De todos modos, nunca hubiera podido seguir a Sally en sus delirios de burguesa. Aunque después del colegio no fuimos al mismo liceo, al principio continuamos siendo amigas. Todavía me invitaba a sus fiestas, pero bastaba que yo llegara con las manos vacías para que me hiciera a un lado. La amistad se vuelve difícil si eres pobre. Había querido mucho a Sally, la había amado como se ama a una amiga, con un amor pasional que dura solo un verano, y Chico quería arreglar las cosas entre nosotras a toda costa para tener más oportunidades de cogérsela. No lo logró, porque yo no la podía ni ver, y con justa razón: ¿a quién se le ocurre llamar a la policía hoy en día? Por culpa de ella, Jimmy se había metido en problemas y yo también.

Sally seguía ahí; parecía estar esperando que la invitara a subir a casa de Jimmy. No dije nada, y entonces ella se disculpó por haber llamado a la policía. Su voz sonaba sincera, así que bajé y compartimos un cigarrillo en la plaza todavía desierta. Me dijo que le gustaban mucho mis trencitas. Le di las gracias con voz tímida; creo que la seguía queriendo a pesar de todo. Le conté lo de Jimmy y el HP. Lo lamentaba mucho por él y por mí; sentía pena, claramente. Aunque en lugar de eso le hubiera explicado que tenía las zapas destrozadas por culpa del skate, que el skate te estropea las suelas en un santiamén, ella habría sentido pena igual, pero yo no quería analizar tanto las cosas. La pena es algo terrible. Fumamos un porro ya armado, la hierba de Chico, me dijo. Cuando pasó frente a nosotros el tercer auto metalizado, Sally me dijo que el día 10 celebraba su cumple, y que, obviamente, yo estaba invitada. Estará Chico, y puedes venir con Jimmy, si para entonces ya ha salido. Me conmovió que fuera capaz de semejante gesto para redimirse. Pasándole el porro, le respondí que, si todo iba bien, para esa fecha Jimmy estaría en Gabón, pero que podía contar con mi presencia. Sally dijo qué bien que vaya a viajar, Gabón es lo máximo, yo fui hace dos años con Léa a Libreville, y sacó el teléfono de su bolso. Quería mostrarme las fotos de sus vacaciones;

me incliné para mirarlas, pero mi mente comenzó a divagar de tal forma que, en un instante de lucidez, capté el djinn de Sally. Es un tipo que se mata en el gimnasio, escucha el rap más oscuro que hay y solo tiene tres amigos. Aunque en apariencia yo no tuviera nada en común con Sally, su djinn y yo nos entendíamos superbién.

Flechazo

Cuando entré al consultorio, la abu estaba enfrascada en sus pensamientos. Me invitó a sentarme a su lado. Deben saber que, cuando la abu se pone su túnica roja, es porque algo va mal.

Me dijo que había comprado, con el dinero de su tontina, dos billetes para Gabón. Uno para ella y el otro para Jimmy. Le quise preguntar si después de eso pensaba ir a Senegal a ver a su hermana Aminata, pero no me dio tiempo. La partida estaba prevista para el martes de la semana siguiente, y contaba conmigo para convencer a la psiquiatra de que dejara salir a Jimmy antes de lo previsto. A mí no me toma en serio, agregó. Esta vez era urgente. Le respondí que la psiquiatra no me tomaría más en serio que a ella solo por el hecho de que mi djinn fuera blanco, pero que haría lo posible. Tonino los esperaba. Tonino, quien le había enseñado todo y cuyo retrato ocupaba un sitio de honor sobre su mesita de noche. Tonino, a quien había conocido veinte años atrás durante un viaje al Congo.

Aquel año, la abu había tomado el avión en Dakar con destino a Libreville. Planeaba hacer el último tramo en auto, un recorrido de varias semanas para ver el paisaje y finalmente encontrarse en Kinshasa con mi tía abuela Aminata. Un viaje muy muy largo. Una noche, en medio de la nada, la bujía incandescente de su coche explotó. Entonces Abu, que todavía no era la abu, se armó de coraje y caminó hacia la primera lámpara de querosén que vio a lo lejos. El hombre que le abrió la puerta era Andrès, el hermano de Tonino. Le propuso pasar la noche allí; al día siguiente, revisarían el motor del auto.

La abu no pegó un ojo en toda la noche, debido al shock, y, sobre todo, al barullo que se oía muy cerca de la casa de Andrès. Por miedo y quizá por discreción, no se atrevió a salir de la casa. Cantos, ritmo, el crepitar de una fogata: algo raro estaba pasando. Podría haberse ido al día siguiente, pensando que lo de la víspera no había sido más que un sabar, una boda, un bautismo, como los muchos que se hacían en su propia tierra. También en la Casamanza las noches se prolongaban; voces sin cuerpo ordenaban la llegada del amanecer, y el aroma embriagador de las hojas impregnaba la piel. Solo que las hojas de la Casamanza no tenían el mismo olor que las hojas de la aldea de

Minongo.

A la mañana siguiente, la abu supo que ella, una fulani de Senegal, había ido a parar a la tierra de los fang, la etnia más importante de Gabón, animistas en el sur y sincretistas en el norte. Mucho antes de comenzar su iniciación, la abu ya tenía un gran olfato. Los fang tramaban algo que ella ignoraba, y estaba decidida a descubrir de qué se trataba. Acribilló a preguntas a Andrès, pero él, en vez de responderle, la envió a hablar con su hermano, quien presidía esas extrañas ceremonias.

Fue así como Abu Pirata conoció a Tonino. Al principio, él se negó de plano a contarle cualquier cosa relativa a la noche anterior. Para empezar, ella no era gabonesa, y además él la había visto rezar varias veces por la mañana. Por ser el islam una de las tres religiones reveladas cuyo fundamento principal es creer en un solo y único Dios, una musulmana no podía ser iniciada en otros ritos.

Pero la abu era senegalesa, un pueblo cuyas creencias reposan sobre una base de contradicciones. Algunos senegaleses rinden culto tanto a Alá como a los hechiceros, y justifican esa libertad basándose en antiguas tradiciones. Sin embargo, no todos pueden gozar de esa libertad como les plazca, y mucho menos las mujeres. Como en tantos otros aspectos, los hombres deciden por ellas en qué conviene creer y en qué no, a fin de mantener el control y el poder. Pero si hay algo que la abu repudia aún más que eso, es la hipocresía de los senegaleses en el plano religioso. Según ella, aunque muchos no rezan nunca, lo disimulan tan bien que logran engañar a los demás y, sobre todo, convencerse a sí mismos de ser buenos creyentes.

La abu guardaba las apariencias, pero el hecho de que Andrès no lograra reparar su auto no fue la única razón por la que se quedó más de lo previsto en Minongo. En realidad, estaba embobada con Tonino. No sé qué le pudo haber visto, porque él era más bien feúcho, flaco, bajito. De cualquier modo, las descripciones físicas me aburren, con excepción del cabello, pero en cuanto a eso, de Tonino no hay mucho que decir, porque no tenía. Al menos en la foto que había sobre la mesita de noche de la abu.

La abu me explicó que Tonino formaba parte de la sociedad iniciática del Bwiti, un culto cuyos ritos consisten en entrar en otro estado de conciencia por medio del Iboga, la raíz que yo debía encontrar en el bosque de Fontainebleau.

El Iboga es un pequeño arbusto con hojas similares a las de los árboles de la plaza, solo que sus frutos, en vez de ser marrones, son anaranjados y tienen forma de pimiento. La parte comestible es la raíz, después de pelarla. Si se ingiere en una cantidad determinada, nos permite explorar nuestro inconsciente. Algo así como el LSD u otras sustancias psicodélicas. Pero la abu se apresuró a matizar sus palabras. El Iboga no es una droga porque, para empezar, no crea dependencia. Además, Tonino le había enseñado que el Iboga estaba muy codificado, de modo que no podía ser consumido con fines recreativos.

La abu me dijo que, al principio, se había divertido mucho escuchando a Tonino. Pero cuanto más se burlaba ella, más deseaba él hablarle del bwiti. Tonino le había explicado que el bwiti no descendía de ningún dogma, y que el Iboga hacía posible el conocimiento directo, aquel que no es enseñado sino revelado.

Durante varios días, Tonino y la abu habían conversado acerca de sus respectivas prácticas sin que ninguno llegara a convencer al otro. Como de costumbre, la abu cumplía con sus cinco oraciones diarias mirando hacia La Meca. Incluso fingía leer algunos versículos del Corán frente a Tonino, sin entender su significado, solo para mostrarle hasta qué punto le importaba un pito el bwiti. Le hablaba de su cofradía muridí, de Cheikh Ahmadou Bamba y de su peregrinaje a Touba. Tonino no contaba nada. Hablaba poco. No se puede contar el Iboga, hay que vivirlo, le decía a la abu a fin de convencerla.

Siempre supe que Tonino había iniciado a la abu en el bwiti, pero esa fue la primera vez que ella me lo contó en detalle.

Durante dos años, la abu había estado yendo y viniendo entre Senegal y Gabón, y se había enamorado de Tonino hasta el punto de no poder vivir sin él. Durante dos años, no se había atrevido a participar de las ceremonias. Tenía la impresión de que esa gente conversaba con el Shaitán. Finalmente se había animado cuando Tonino, para poner fin a los rumores de brujería que circulaban en torno a él, había comenzado a realizar las ceremonias durante el día, algo completamente nuevo.

En aquella época todo el mundo temía al bwiti, principalmente los gaboneses, porque las ceremonias se hacían en el bosque, cerca de un curso de agua y, para empeorar las cosas, de noche. La abu me contó que había apoyado a Tonino en su nueva propuesta, repitiéndole que no había nada que ocultar y que, si el ritual no tenía nada de malo, había que hacerlo a la vista de todos. Así que, en cierto modo, fue

gracias a la abu que la noche del bwiti se convirtió en el día del bwiti, y eso fue lo que acabó de convencerla.

Tonino también le había dicho que podía seguir siendo musulmana todo lo que quisiera, que la única condición para comer Iboga era tener un objetivo. Un enfermo querrá encontrar el camino hacia la sanación, pero hay muchísimas personas que se inician simplemente para conocer la cara oculta de su inconsciente. La abu me dijo que ella era de esas personas, pues el Iboga es la vía espiritual más directa y es más poderosa que el psicoanálisis.

En un momento dado de su relato, la abu se detuvo. Me tomó de la mano en modo «escúchame bien» y me dijo, Penda, sé que no quieres convertirte en curandera, que no es lo que deseas profundamente, así que lo he estado pensando. No pasa nada, no estás obligada a ir a Fontainebleau; solo debes sacar a Jimmy del hospital para que pueda viajar conmigo a Gabón, y te dejaré tranquila con este asunto de las raíces. Confieso que me alivió que la abu comprendiera que no quería convertirme en curandera, pero tenía la impresión de que no me lo estaba contando todo. Le pregunté si planeaba volver a Senegal después de Gabón, pensando que, después de tantos años lejos de los suyos, extrañaría a la familia que había dejado allí. No respondió. Lo que me ponía un poco triste era pensar, y esto me ocurría cada vez que la abu viajaba a Gabón, alrededor de una vez al año, que quizá se tratara de un viaje sin regreso. Sobre todo, porque aún no había podido captar el djinn de la abu. Seguramente era una fuerza de la naturaleza; en todo caso, no tenía forma humana. Hacía muchísimo tiempo que había aceptado ese punto ciego djinnístico, pero mi djinn persistía en su búsqueda contra viento y marea. Eso es, quizá el djinn de la abu fuera un soplo de viento. Hubo un silencio, y luego siguió hablándome de su iniciación.

En total había durado cuatro días y tres noches. La abu me mostró una de las muchas fotos tomadas por Tonino, en la que podía vérsela junto a otras tres mujeres jóvenes, justo después de su iniciación. La abu llevaba puesto un vestido tradicional y miraba al objetivo con tal intensidad mística que debí preguntarle si de verdad era ella. A modo de respuesta, me dijo que ella también había sido joven un día.

De las tres mujeres que habían comido Iboga con la abu, dos habían superado con éxito la iniciación. La tercera había quedado atrapada en otro estado de conciencia porque había mentido durante su confesión.

La confesión es la etapa más importante de la iniciación, es su resultado. La tercera mujer no había logrado superar todas las etapas

de su viaje espiritual y por eso había sido castigada. En resumidas cuentas, a la tipa se le había zafado un tornillo, y si la abu me contaba su trágica historia, era para prevenirme de los riesgos de la iniciación a través del Iboga.

La abu debió ver en la expresión de mi cara que mi djinn me obligaba a jurar por su vida que jamás haríamos eso, porque añadió, para tranquilizarme, que una iniciación también podía salir muy bien. Ella era la prueba viviente.

Durante el primer día, el cuerpo se toma su tiempo para asimilar la experiencia. El tiempo para hacer la digestión y para que la sustancia activa de la raíz suba hasta el cerebro y lo ponga en modo off, algo que la abu llamó «muerte simbólica». El cuerpo muere, o más bien se pone rígido, el corazón late a cámara lenta y la mente se paraliza; el espíritu puede entonces volver a recorrer las etapas de su historia derribando las inhibiciones que bloquean el camino. Abu comparó ese estado con el coma, pero como ella nunca había estado en coma y yo tampoco, me resultaba difícil imaginarlo.

En su rol de mediador experimentado, Tonino la había acompañado mentalmente hasta el final del viaje. Solo él conocía los secretos que permiten hacer regresar a los iniciados cuando estos se encuentran sumergidos en otro estado de conciencia. La abu me dijo que ella sería para Jimmy lo que Tonino había sido para ella durante su iniciación, y que, como Jimmy estaba enfermo, el objetivo del viaje sería la cura o, en su defecto, la desintoxicación.

La Iboga hace que todo vuelva de modo vívido: la persona recuerda las alegrías más grandes, así como las vergüenzas más grandes, y eso puede ayudar a hallar la causa de una enfermedad, la identidad de nuestro djinn y hasta a dejar de fumar porros. En fin, me pa que nada es igual después de una iniciación.

La abu distinguía la enfermedad natural de la enfermedad provocada, ya fuera por el ataque de un brujo o por el hechizo de un iniciado que intenta intervenir para cambiar una situación. Una vez más, me garantizó que su método era incluso más científico que los enfoques científicos, porque una buena curandera busca la causa de la causa, la causa profunda de toda enfermedad.

Imaginemos, prosiguió la abu, que estoy en una sala, contraigo paludismo y considero que es por los mosquitos que me han picado.

Ahora bien, si no soy la única persona en esa sala, ¿por qué el mosquito portador del germen me ha picado justo a mí? Una curandera no se limitará a la primera causa, buscará una segunda causa, y para eso está obligada a consultar a los espíritus. Los muertos no están muertos, es posible relacionarse con ellos. Mi djinn empezaba a perder la paciencia, ya lo veía venir con sus razonamientos idiotas.

Fue mientras disfrutaba de su estancia en Gabón junto a Tonino cuando la abu se vio obligada a regresar a Senegal porque su hija, que no era otra que mi madre, había muerto. Fue un shock en ambas costas del Mediterráneo; nada hacía suponer que mi madre tendría una vida tan breve. Éramos felices, Shango, ella y yo.

Cuando la abu volvió a Senegal después de tres años de ausencia, todos notaron que estaba cambiada. ¿Cómo seguir siendo la misma tras la muerte de su hija? Al principio, creyeron que se le pasaría. Volver a Ziguinchor, a Senegal, sin duda la haría regresar a la recta vía de la religión. Pero bueno, eso no fue lo que pasó. La abu había cambiado, meditaba más de lo que rezaba, ya no se esforzaba para asistir al gran Magal de Touba, ya no idolatraba a ningún serigne, ni a Serigne Saliou Mbacké, ni a Cheikh Ahmadou Bamba, ni a ninguno de sus discípulos, de modo que su entorno, sus vecinos, el barrio entero comenzó a hacerse preguntas sobre lo que le había ocurrido durante su estancia con los infieles de Minongo.

Por las calles de Ziguinchor se rumoreaba que la cólera divina se había abatido sobre la abu debido a su traición a la religión. Por eso mi madre había muerto de un ACV en Francia cuando yo tenía apenas cuatro años. Recuerdo estar con Shango, tomadas de la mano frente al cadáver, que yacía sobre una camilla en la fría sala de un hospital parisino. El cuerpo fue repatriado a Senegal y enterrado según los preceptos de la tradición en un cementerio musulmán de Dakar. Algunas semanas después del funeral, nos reencontramos con la abu en París y ella se hizo cargo de nuestra educación. Nunca más volvió a ver a sus hermanos, sus primos, sus tíos. Paria en su propia tierra, se hizo a la mar como una pirata, libre.

Salsa argelina

En comparación con el resto de su banda, Chico era el más solitario. Solía caminar solo por el barrio, como si buscara alguna cosa de suma importancia. El resto del tiempo permanecía inmóvil frente al edificio, vigilando. Ejercía esa función de manera ejemplar, y yo hacía otro tanto observándolo desde el balcón para matar el aburrimiento.

Estábamos en pleno otoño. Al anochecer, los únicos sonidos que me llegaban eran los de la pelota de fútbol, el eco de los pases que se volvían cada vez más espaciados a medida que los jugadores abandonaban la cancha, y el chisporroteo de la música de H24 que brotaba del bafle que Chico llevaba a todos lados, como para decirle al mundo entero que su vida merecía una banda sonora. Con la capucha sobre el durag y el rostro envuelto en sombras, solo asomaba de su caparazón para mandar a algún niño a comprarle un kebab enfrente del Chispa. Si este tardaba en volver, Chico se impacientaba. Con aire despreocupado caminaba hasta la esquina, echaba un vistazo hacia la calle Parmentier y luego volvía a sentarse sobre el scooter sin dueño estacionado allí. El niño siempre regresaba, y Chico lo regañaba suavemente por haberse comido algunas papas fritas de la única comida de verdad que ritmaba sus días.

Mientras comía, Chico no descuidaba sus responsabilidades. Los polis podían caer de un momento a otro e interrumpir el tráfico ilegal en la esquina de la callecita adyacente. Como lo exigía su función, Chico vigilaba, acechando cualquier altercado que pudiera poner en peligro su fuente de ingresos. Cuando terminaba su sándwich, armaba meticulosamente un porro complejo. Yo nunca lograba resistir demasiado la tentación de unirme a él.

Ese día, en cuanto crucé la verja del edificio, Chico gritó mi nombre en señal de bienvenida. Cuando me sonrió, cosa que hacía muy raramente, sus ojos se achinaron como los de su madre; la misma cara, el parecido era tremendo. Cómo está Jimmy, me preguntó, mientras arrancaba con los dientes la parte sobrante del papel de armar. Le conté todo en detalle, no sin echarle el ojo a lo que quedaba de sus papas fritas: el hospital y el proyecto de Abu Pirata; en resumidas cuentas, que yo estaba bien jodida porque debía convencer a la Señora psiquiatra de que soltara a Jimmy para que pudiera viajar a Gabón. Tranqui, tranqui, me dijo, toma, fuma un poco, te relajará. Di una calada que valió por cuatro, de lo fuerte que era. Cuando le conté lo

de Jimmy, Chico no se sorprendió demasiado. Dijo, qué onda… ¡qué hijos de puta!, ¿por qué lo tienen encerrado así?, y como yo no respondí nada, prosiguió. Un primo mío también estuvo internado, Penda. Fumaba muchísimo; el efecto de la hierba puede ser fatal, ¿sabes? Yo voy a dejar esta mierda, agregó, lanzando el humo en dirección al porro. Solía repetir que iba a dejarlo, aunque nunca lo lograba. Y entonces le hablé del Iboga.

Mientras le explicaba las propiedades de la planta, sacó su teléfono para verificar que no le estaba diciendo bobadas. Y cuando añadí que la abu había plantado Iboga en el bosque de Fontainebleau, Chico levantó la cabeza y dijo, qué onda, ¿eso se puede vender? ¿Qué estamos esperando? Yo no podía creerlo, para conseguir cash, Chico siempre estaba bien dispuesto. Me moría de miedo de solo pensarlo. Imaginar a Chico traficando con Iboga… había que sacarle esa idea de la cabeza.

Para distraerlo de sus nuevas aspiraciones comerciales, nada mejor que la imagen de Sally viniendo por la calle, a lo lejos. Cuando la vio, Chico me pasó el porro y se prendió un cigarrillo para darse coraje, mientras me preguntaba si pensaba ir al cumple de la chica de sus sueños. Sally se acercaba. Cuando llegó a la majestuosa puerta de su edificio, me dirigió una sonrisa cordial. Decepcionado porque no hubiera venido directo hacia nosotros, Chico fue hacia ella balanceándose, dejándome sola como una idiota junto al scooter. La cosa parecía funcionar; Sally comenzó a coquetear echando la cabeza hacia atrás, con una amplia sonrisa y mucho jajaja, lo típico. Chico hizo un regreso triunfal. Tenía en la mano un billete de cincuenta euros y marcaba el compás de sus pasos abanicándose con él. Entonces sentí que empezaban a caer unas gotas de lluvia, y le aconsejé que guardara su billete. Se quitó la capucha y también el durag y lo constató, uy, sí, la puta madre, está lloviendo. Sí, le dije, mientras una fuerte ráfaga de lluvia ahuyentaba a las pocas palomas que había a nuestro alrededor. Nos refugiamos bajo el castaño a esperar que amainara. Durante unos segundos, el olor de la lluvia sobre el pavimento fue claramente perceptible, pero luego se hizo tan fuerte que dejé de sentirlo.

Era un momento de soledad, esa soledad cuya extensión es tan vasta que renunciamos a escapar de ella, como una ola que rompe sobre nosotros y nos arrastra lejos de la costa. Hacía mucho tiempo que Chico y yo habíamos dejado de hacer pie. Privados de tierra firme, relegados al mar, habíamos aprendido a nadar a la fuerza, nuestro organismo había desarrollado aletas, alas y branquias, nos habíamos transformado en extrañas criaturas híbridas, mitad peces, mitad

pájaros.

Cuando volví a casa, Shango estaba en la sala comiendo laax. Fui a servirme un tazón, y luego me senté junto a ella en el sofá. No me preguntó dónde había estado; me dijo, más insidiosa, desde que te echaron del laburo andas mal, Penda, ¿qué onda?, ¿qué te está pasando?

Al djinn de Shango no lo soporto, tiene pinta de llamarse Guillaume, de usar ropa demasiado grande y de asegurarse de que asome siempre de su bolsillo el título del libro que está leyendo. Cree en el destino. Subí el volumen de la tele. Shango no insistió, pero antes de irse quiso recordarme que no valía la pena estar mal por Jimmy, si es que ese era el motivo. No le respondí. Cuando terminó su laax, dejó ruidosamente el tazón sobre la mesa, junto al mío, que yo no había tocado. Inclinó la cabeza, le echó un vistazo al recipiente y luego me dijo que, si quería, podía irme a vivir con ella mientras la abu estaba de viaje. Su propuesta no era más que una fórmula de cortesía; Shango vivía con su novio en un monoambiente muy pequeño. No hice ningún comentario. Antes de irse, dejó un billete de veinte euros sobre el aparador y me dijo que era todo lo que podía darme hasta que su situación financiera se estabilizara. Pero eso nunca ocurría; ella también se organizaba como podía. En la cocina, la heladera vacía; solo algunas inyecciones de insulina vencidas en el compartimiento de los huevos y unos morrones rojos arrugados. Como cada vez que Shango me sacaba de apuros con un billete, lo esencial era que el dinero estuviera ahí, palpable. Pero no iría muy lejos con veinte euros, apenas daría para algo de pasta, unas cebollas, kétchup y galletas, así que me tiré en el sofá y consideré la posibilidad de ir a buscar los productos del Chispa que se habían pasado la fecha de vencimiento. Eran las 18:30; sabía que en treinta minutos Vírgula le ordenaría a Inès comenzar con la reposición de los productos frescos. Salmón, paté de atún, lechuga envasada, frutas y verduras abolladas. Todo aquello terminaría amontonado en el contenedor del depósito del Chispa hasta que viniera el camión de la basura de la noche, exactamente a las ocho, una hora antes del cierre. Le envié un SMS a Inès para decirle que me separara algunas cosas, que yo pasaría por el depósito a recogerlas.

A las 19:30, Inès me respondió que no tendría tiempo de prepararme una bolsa, pero que había trabado la puerta del depósito con una

naranja para que yo pudiera entrar. Insistió en la importancia de mi discreción; si me pescaban, la metería en problemas. Yo lo sabía muy bien. Tenía quince minutos exactos para ir a revolver en las bolsas de basura del Chispa; Vírgula las sacaría puntualmente a las 19:45.

Tomé el skate y salí a la calle. En el apuro, evité por un pelo una caída que habría sido súper dolorosa, si no hubiera aprendido a caer. Culpa de las cáscaras de castaña que abundan en la plaza en otoño. Seguí avanzando. En la calle, el peligro podía venir de los automovilistas, pero al menos el asfalto estaba liso y había suficiente espacio para bajar la calle zigzagueando con total libertad. Durante todo el recorrido me aseguré de que nadie me siguiera. «Nadie» quería decir, sobre todo, Chico, que tenía el don de aparecer en momentos en los que uno hubiera preferido que se lo tragara la tierra.

Según lo convenido, la puerta estaba trabada con una naranja que, de tan podrida, estaba azul como el planeta Tierra. El olor nauseabundo del depósito no me impidió ser eficaz. Tomé una caja vacía y la llené con todo lo que vi, en su mayoría muslos de pollo precocidos y bistecs. Cuando comencé a hurgar más profundamente en la basura, me encontré endibias, berenjenas, una calabaza y algunas zanahorias. En otro punto del depósito, un poco más lejos y a la derecha, había botellas de alcohol. Confieso que se me cruzó por la cabeza la idea de llevármelas para revenderlas, pero me dije, Penda, no puedes robar en el Chispa, no te educaron así. De todos modos, antes de que pudiera hacer cualquier cosa, oí cómo se abría la puerta interior del depósito. ¡Al hamdoulillah! Gracias a Dios, tenía la caja casi llena.

Al salir, le di una patada a la naranja para que la puerta se cerrara detrás de mí. Mis zapas quedaron todas cubiertas de pulpa. Afuera, el camión de la basura llegaba con unos minutos de antelación.

Según lo previsto, regresé al HP con el objetivo de hablar con la Señora psiquiatra de la posible salida de Jimmy. Debía apresurarme. Para armarme de valor, le pedí a Chico que me acompañara. Nos cruzamos a Lydia Duval en un pasillo. Solo me reconoció cuando mencioné a Jimmy, y luego dijo, comprendo tu impaciencia, pero tu amigo no está del todo estable. Chico intervino, ¿cómo que no está del todo estable? ¡Hace un mes y medio que lo tienen encerrado aquí! Pero enojarse no servía de nada, y además la Señora psiquiatra se aprovechó de eso para escaparse, pretextando una urgencia. Chico me reprochó que me diera por vencida tan fácilmente y agregó, pero ¿esta quién se cree que es?, persiguiendo a la doctora unos pasos. Déjalo, Chico, vamos a ver a Jimmy.

Nos dirigimos a su habitación, pero allí no había nadie. Una voz nos indicó, Jimmy está ahí, señalando un punto con el dedo. Era Simon, con sus mandíbulas cuadradas.

Encontramos a Jimmy tumbado sobre un sofá azul. Lo saludé, pero él estaba mucho más atento a la pantalla de la tele que a nosotros. Articulaba tan mal que Chico y yo tuvimos que pedirle que repitiera todo lo que decía. Lárguense, nos dijo. Apagar la tele no sirvió de nada. No había nada que hacer, Jimmy miraba un punto fijo. Chico comenzó a sacudirlo para que se despabilara, y aunque a Jimmy decirle que lo soltara le llevó más tiempo que a un niño con tartamudez severa, en su mirada vimos que aquello era una amenaza. Chico exclamó, se han pasado de la raya, no podemos dejarlo así, mientras yo recordaba las predicciones de los cauris, que parecían haber resultado acertadas. Jimmy estaba en un estado lamentable. Repitió, qué onda, ¡lárguense!, seguido de un lento movimiento de la mano. Hasta que su mirada finalmente se posó sobre nosotros. Creo que solo reconoció a Chico cuando este juró sobre el Corán de La Meca que no se iría a ningún lado. Le pedí a Chico que me esperara allí, que volvería en unos minutos. Dudó un instante y luego dijo ok.

Si los dejé solos no fue para que hicieran migas. Por lo demás, no me fui muy lejos ni por mucho tiempo, solo quería volver a ver a la Señora psiquiatra. Cuando abrí la puerta de su despacho estaba hablando con una mujer que llevaba el cartelito de «Visitante» pegado en el pecho. Yo había dejado de usar esa pegatina muy pronto. Con la tipa de la recepción se había instalado una especie de confianza

silenciosa. Ya nos reconocíamos, aunque ese día, cuando Chico y yo llegamos a la clínica, ni siquiera se dio cuenta de nuestra presencia, tan concentrada estaba en algo que no alcancé a ver, seguramente un libro o una revista. La Señora psiquiatra dijo, no podré atenderla hoy, señorita.

En fin, mala suerte. Recalculé, volví a cerrar la puerta, y mientras intentaba reordenar mis ideas, Chico llegó como una tromba. Me agarró bruscamente del brazo: evidentemente, lo que quería decirme no podía esperar.

Tenía un plan. Regresamos al comedor, donde Jimmy seguía sentado en el sofá azul, esta vez acompañado de Simon. Mientras Chico me contaba su plan, que consistía básicamente en arreglárnoslas para sacar a Jimmy del hospital, este nos dijo algo que al principio no oímos: yo estaba concentrada en los susurros de Chico, que también estaba concentrado, porque estaba convencido de que su plan era el plan del siglo. Incluso cuando le pedimos a Jimmy que nos lo repitiera, tuvimos que acercarnos un montón para poder entender lo que decía. Tomó una bocanada de aire en modo «ya sale, no se preocupen», y luego dijo que Simon va a fingir un ataque para distraer a los enfermeros. A Chico le parecía una genialidad. Me quedé sin palabras; de hecho, los dos habían tramado todo en mi ausencia, y de vegetal Jimmy había pasado a máximo estratega. Simon también estaba involucrado. Se dirigió a la sala de juegos y levantó el pulgar hacia nosotros. En cuanto a Jimmy, si la cabeza le funcionaba, el cuerpo no tanto: a saber qué sedantes le habían hecho tragar, porque realmente parecía tener una papa en la boca. Titubeó cuando Chico le hizo poner un brazo sobre su hombro. No lo niego, lo único que me interesaba en ese momento era asistir al espectáculo. Justo antes de salir del comedor, Chico me sopló las instrucciones. Al llegar al final del pasillo, yo debía relevar a Chico como escolta de Jimmy, y los dos saldríamos disimuladamente mientras Chico le contaba su vida a la mujer de la recepción. Jimmy estaba listo. Los enfermeros llegarán por allí, hay que esperar a que salgan de la sala de reunión, dijo. Luego nos quedamos atentos a que Simon entrara en escena. Cerca de las ventanas del comedor se formó un pequeño tumulto y oímos los primeros gruñidos. Me acerqué al grupo. Chico me ordenó que me quedara junto a él si no quería que el plan se fuera a la mierda. Por suerte, desde donde estábamos podíamos verlo todo.

En el centro de la escena, Simon, cuyo estado físico no era el mejor, estaba agrediendo a una empleada de limpieza vestida con un uniforme violeta. La tipa intentaba defenderse como podía, valiéndose del tubo de la aspiradora que sostenía con ambas manos, pero Simon

era más fuerte. Me arrepentí de ser cómplice de esa violencia. Por su parte, Chico estaba indignado y pensó en intervenir, pero Jimmy lo convenció de no hacerlo. Para él, que seguramente había asistido muchas veces a esa clase de espectáculo, era algo banal. Simon solo se calmaría si alguien le daba una moneda para comprarse una bebida en el Chispa de la esquina, pero el HP más bien era partidario de la opción sedante y dulces sueños. Los otros pacientes no sospechaban nada; uno llegó a gritar, ¡vamos, denle dos euros para que deje de joder! Nosotros no dijimos ni mu. El ambiente se caldeaba cada vez más… ¡uf! Los tipos de blanco llegaron como una tromba, con cara de actores que han olvidado sus textos. Improvisar no es para cualquiera. Finalmente, no fueron los enfermeros quienes pusieron fin al altercado, sino la misma empleada de limpieza, quien, por desesperación o quizá porque no sabía qué hacer para escapar de Simon, le escupió en la cara. Aquel gesto tuvo el mérito de calmar a todos. Hasta a mí me dejó pasmada.

Bien hecho, dijo Chico, vamos, larguémonos de aquí. Jimmy asintió.

Chico se adelantó y se dirigió hacia la recepción, de donde me llegó la voz aterrorizada de la recepcionista. Estaba hablando por teléfono. Vernos aparecer terminó de desestabilizarla. Colgó rápido y nos pidió que esperáramos un segundito, pero nosotros sabíamos que ya era demasiado tarde para ella, que con sus miserables cincuenta kilos no iba a cambiar el curso de las cosas y, además, no teníamos tiempo. Chau, HP, hasta nunca.

En cuanto estuvimos afuera, el contraste entre nuestras respectivas vestimentas me hizo darme cuenta de la gravedad de lo que acababa de ocurrir. Jimmy llevaba un pijama azul claro y esbozaba una sonrisa de satisfacción. Era libre.

Como hacía un frío que calaba los huesos, le cubrí los hombros a Jimmy con mi campera de jean. Entonces noté que había engordado un montón: varias veces intenté que la campera se mantuviera sobre sus hombros, pero esta siempre volvía a caerse. Anticipándose a mis comentarios, Jimmy se apresuró a decir que era culpa de esos malditos sedantes. Y sí, aquello era totalmente anormal. Su cuerpo parecía repleto de un agua impura, lista para derramarse sobre la vereda gris del bulevar Bonne Nouvelle.

Lo que no volverá

Por la velocidad con que pasaba las cuentas del rosario, deduje que la Pirata no estaba tranquila. La recurrencia de sus invocaciones a media voz había superado el límite de lo razonable, exceso que ella compensaba comiendo caolín. La semana anterior, al llegar del HP con Jimmy, yo había preferido mantener la boca cerrada; no había demasiado que decir. Y la abu, de tan contenta que estaba, no había querido saber más. Ese era el día de la gran partida para Gabón, y también Jimmy estaba muy nervioso. Con la valijita lista a sus pies, se miraba al espejo como para fijar la imagen que tenía de sí mismo. La abu no dejaba de darle besos: como solo tenía nietas, Jimmy era algo así como el nieto que hubiera querido tener. Yo los observaba con una mezcla de celos y alivio. Curiosamente, sin la medicación Jimmy ya estaba mejor, lo suficiente para manifestar signos de afecto.

Ese viaje sonaba a final de una cosa y comienzo de otra, me dije mientras iba a abrir la puerta por enésima vez. Era Chico acompañado de su madre, quien, apenas cruzó la puerta, me encajó a Isha, la bebé, para luego desplegar coloridos vestidos tradicionales bajo la mirada atónita de la abu. Ella hubiera preferido una partida más discreta, a la antigua, pero en el barrio todo se sabía. Aquel día, las mujeres desfilaron cargadas de regalos. Después de una rueda de saludos súper repetitivos, la madre de Chico se puso a cantar tranquilamente. Su voz de juglaresa siempre me sorprendía por su potencia, pero esta era la primera vez que la escuchaba cantar en mandinga y en una tesitura tan grave, lo que le daba un tono de canto fúnebre a lo que debía ser un homenaje a los ancestros de la abu. La bebé, con sus ojazos cubiertos de interminables pestañas, también estaba conmovida. No intenté consolarla, no le podía pedir a un bebé que dejara de llorar cuando yo misma sentía que las lágrimas me desbordaban.

Después de hacernos llorar a todos, la madre de Chico tomó a la bebé y se marchó, no sin lanzar una última mirada a su amiga. Chico le dijo que se quedaba, para gran alegría de Jimmy que, golpeándole el hombro suavemente con el puño, le preguntó con ironía si no le sobraba algún porrito para el viaje. Me puse entre ambos y le pedí a la abu que nos sacara una foto a los tres. Le repetí varias veces que debía tocar directamente la pantalla y no el botón del costado. Luego me puse yo detrás del objetivo. Chico forzaba una gran sonrisa; a su

izquierda, Jimmy tenía el rostro crispado y una expresión difícil de definir que se asemejaba al vacío. En cuanto a la abu, cómo decirlo: estaba tiesa como un baobab dentro de su vestido marrón y amarillo con lentejuelas. Chico le elogió el atuendo, Abu Pirata es la más coqueta de todas, comentó, antes de preguntarle si era cierto que se podía encontrar Iboga en el bosque de Fontainebleau. Jimmy respondió que no, que solo en Gabón. Chico exclamó, inshallah, hermano, qué bueno por ti, y la abu me lanzó una mirada como si me dijera, tienes miedo, y luego agregó que me eximía de ir a Fontainebleau. Chico comentó que, de todos modos, no me necesitaba para ir, el bosque no es de tu propiedad, concluyó. Le dije que no me hablara así, cargando las tintas de un enojo que en realidad no era tal. La abu nos ordenó que nos calmáramos, con una voz firme que tuvo el mérito de hacernos sentir niños otra vez. Jimmy intervino, ya es la hora, dónde se ha metido Shango, y antes de que alguien pudiera responderle, se oyó un bocinazo.

Fui a guardar los vestidos tradicionales que había traído la madre de Chico en la única valija aún entreabierta y casi a punto de reventar. Tuve que sentarme encima para poder cerrarla definitivamente. Jimmy me miraba hacer, esperando que le dijera algo. Le deseé buen viaje. Gracias, respondió; luego se acercó a mí y le di un gran abrazo de oso. Buen viaje, hermanito, repetí, con una lágrima en el rabillo del ojo dudosa de deslizarse por mi mejilla izquierda. Jimmy olía a tierra. Aspiré su olor con todas mis fuerzas, quería impregnarme de él lo más posible, guardarlo en mi memoria lo más posible, aun sabiendo que, en cuanto se marchara, su aroma se evaporaría con él. ¿Por qué buscar el sufrimiento, si podemos elegir ser menos desdichados? Claramente no era el momento de preguntarse esas cosas, así que dejé ir a Jimmy escoltado por Chico, quien también se esforzaba por ocultar su emoción.

Eso nos dio el tiempo necesario a la abu y a mí para decirnos lo que ansiábamos decirnos y aún no nos habíamos dicho.

En vez de hablar de cómo quería que me ocupara del consultorio durante su ausencia, como solía hacer cada vez que viajaba a Gabón, la abu me explicó que, en cuanto Jimmy se curara, ella regresaría a Senegal. ¿Cuánto tiempo se quedaría allí? ¿Volvería alguna vez a Francia? Yo estaba demasiado ocupada llorando como para hacer preguntas que la abu no me respondería. En la mano tenía una foto de Tonino y de ella en Gabón. La dejó sobre el aparador.

Tal vez la abu tuviera otras cosas que decirme, pero de pronto, solo su cuerpo tibio contra el mío fue capaz de expresar todo el amor que

sentíamos la una por la otra. La iba a extrañar a muerte, y ella lo sabía.

Shango volvió a tocar bocina. Me asomé a la ventana y le grité, a ver si te calmas, ya vamos. Jimmy y Chico fumaban un cigarrillo apoyados contra el scooter sin dueño. Shango respondió que subiría a ayudarnos con las maletas. Eran tres en total. Las bajamos una a una en el minúsculo ascensor. Shango no me dirigió ni una sola mirada. Nuestros diálogos eran de tipo práctico, gracias, yo bajo la primera, mejor espérame aquí, qué ascensor de mierda. Justo antes de que la puerta automática se cerrara tras la última maleta, Shango me dijo, deja de mirarme con esa cara de pollito mojado, volveré pronto.

La abu aún estaba en la cocina, cargando el tassalé con agua de la canilla. Cuando estuvo lleno, me lo tendió. Según la tradición, para alumbrar el camino de un largo viaje hay que verter un chorro de agua en el umbral de la puerta de entrada del lugar que uno deja atrás, un charquito que la abu debía cruzar adelantando el pie derecho. Tras retirar el felpudo, tan viejo como su dueña, derramé un poco de líquido y, aunque apenas fueron unas gotas, en ellas percibí claramente el océano que a partir de entonces nos separaría.

Al volver al departamento, tomé noción del inmenso vacío que dejaría su ausencia. Revisé cada habitación, una por una, en busca de un objeto, una señal, cualquier cosa que pudiera conectarme con ella. En cuanto entré al consultorio descubrí que la abu me había dejado una pista. Su sombrero. Me lo calé sobre las trencitas, intentando acomodarlas perfectamente.

De ahora en adelante, la Pirata era yo.

Mi propia esquizo

En un lapso de dos meses me había quedado sin trabajo, sin Jimmy, sin Abu Pirata, sin barco, sin brújula, sin aliada. Incapaz de cualquier acción, ya no salía del departamento y ni siquiera me vestía. Me sobraba tiempo, y durante días y días no hice más que frenéticas búsquedas sobre la esquizofrenia. La palabra viene del griego esquizo (dividir) y frenia (mente). En internet se encuentra de todo, testimonios de psiquiatras, miembros de asociaciones, etnopsiquiatras, traditerapeutas, curanderos, hechiceros, esquizos. No hay que confundir esta enfermedad con la bipolaridad, que a su vez no debe confundirse con el trastorno de la personalidad. Testimonios de familias de esquizofrénicos, programas de radio, películas de animación, recomendaciones de libros sobre la locura, documentales: un cigarrillo tras otro, me leí todo lo que encontré, me vi todo, sin distinciones.

También recibía mensajes raros de Jimmy. Él y la abu habían llegado bien al pueblo de Minongo y esperaban la próxima luna nueva para organizar la ceremonia del bwiti. En realidad, los mensajes de Jimmy eran videos, enlaces de YouTube que compartía conmigo sin ninguna intro. Recibí un video de un rabino que hablaba hebreo y me pregunté por qué ese repentino interés en el judaísmo. Sin darme siquiera tiempo a pensar en la cuestión, me llegó un segundo video seguido de una pregunta. Jimmy quería saber si me hacía gracia, era un video de Congo Puissance TV en el que un tipo decía frente a la cámara, ya basta, ¡me tienes harto! Pasé por alto la finalidad humorística del video, porque yo buscaba sentido. La verdad, ya no entendía nada; ¿cuál era el objetivo de esa farsa? ¿Existían realmente los djinns?

Mis cuestionamientos internos no habrían tenido fin si Chico no hubiera venido a interrumpirlos.

Durante los primeros días, Chico pasaba, según decía, para ver cómo iba todo. Yo entreabría la puerta, le decía que estaba bien, que necesitaba tiempo para mí misma y le pedía que me diera uno o dos porros. Él accedía y luego se iba sin insistir, porque Chico es educado, es paciente, pero yo sabía que su estrategia consistía en ganarme por cansancio, que volvería a pasar hasta que ya no pudiera dejarlo en el umbral de la puerta, o que ya no esperaría a que yo lo invitara a entrar, que regresaría cada día hasta acabar entrando a la fuerza en el departamento para ponerme, como quien viste a una muñeca, un

jogging, una remera limpia y un abrigo. Finalmente lo dejé hacer, porque sentía que había llegado demasiado lejos. Si esto no es volverse loca, ¿qué es?, dijo Chico, mientras me ataba los cordones de los zapatos. Vamos a tomar un poco el aire, agregó. Y lo seguí, porque no tenía alternativa.

Afuera era de día, pero resultaba imposible adivinar la hora exacta de ese paisaje gris. De todos modos, no me interesaba; en los últimos días había acumulado tanto saber que todo lo demás parecía irrisorio. Pero la verdad era que no tenía ninguna respuesta, solo preguntas que intentaba transmitirle a Chico, contándole una escena de un documental que había visto durante mi aislamiento.

El caso había ocurrido en Senegal. En Fann o en Thiaroye, ya no me acuerdo, en el departamento de un muchacho que estaba loco, o eso decía su padre. Desesperado, el viejo llama a gente de la Iglesia para que limpie el alma de su hijo. Chico me escucha, siento que está atento y que se esfuerza aún más que de costumbre. ¿Hay cristianos en Senegal?, me pregunta. Le respondo sí, no finjas que no lo sabes. No quiero perder el hilo de la historia, así que continúo, haciendo amplios ademanes para representar la escena. El muchacho está ahí, de pie. Lo rodean tres curas, uno de los cuales posa la mano sobre su frente, así, le muestro, posando mi propia mano sobre la frente de Chico, que me dice está bien, está bien, ya lo entiendo, ¿y entonces? Y entonces el cura deja la mano sobre la frente del muchacho, tendrá veinte, veinticinco años, no más, y está impasible, con los ojos cerrados, mientras el otro grita invocaciones en lingala, creo, porque no hay traducción, el tipo está hablando con las almas. Los dos hombres están uno contra el otro, como si estuvieran echando un polvo. Chico ríe y me dice, qué onda, Penda, ves pelis demasiado bizarras. Le respondo, ¡te lo juro, colega!, y lo peor es que, si observas bien la escena, si quitas el sonido, parece que los roles se invirtieran, que el verdadero loco fuera el cura por cómo le grita al otro haciendo muecas horribles.

Al cabo de un momento me doy cuenta de que estoy muerta de frío. Insisto en que volvamos a casa. Chico está preocupado; no dice nada en todo el trayecto. Lo miro, y de pronto lo sé: su djinn aún no ha nacido. Es un feto que ha decidido esperar bien calentito en el vientre de su madre. ¡Qué hermoso es! ¡Mashallah, así lo ha querido Dios! De vuelta en casita, Chico me pregunta si quiero que se quede conmigo; después toma un libro que encuentra sobre el aparador y finge interesarse en la contratapa mientras espera mi respuesta. Como no

digo nada, echa un vistazo a su alrededor y reprime un comentario sobre el desorden total que nos rodea. Sobre la mesa está mi compu encendida; Chico se inclina hacia la pantalla. En el buscador ve escrita la palabra «Iboga», la planta milagrosa antiadicción. Chico le da una larga pitada a su porro y después dice, ven, amiga, vamos a Fontainebleau, el que no arriesga no gana.

Ese tipo de frases hechas me sacan de quicio porque encierran una verdad difícil de contradecir. El que no arriesga no gana, si no puedes ser el poeta, sé el poema, si no sabes a dónde vas, mira de dónde vienes. Lo contrario también es cierto. Cuando uno sabe a dónde va, no necesita mirar de dónde viene.

Vamos ya, Chico, no hablemos más.

Hey, hey, hey

Al día siguiente fuimos a tomar el tren de las 14:32. Hacía buen tiempo para ser un día de otoño. El sol lucía alto en el cielo y pegaba fuerte sobre nuestras cabezas a pesar del viento fresco. Chico tenía las manos embutidas en los bolsillos del jean. Se hacía el tipo duro. Al llegar a la estación de Lyon me dije que ir a Fontainebleau con él sería súper raro. Había preparado un pícnic tah romántico. Llevaba en la mochila un túper gigante y una cantimplora. Me ponía muy contenta que hubiera pensado en traer sándwiches, pero no son sándwiches, me dijo, es un buen pollo yassa que ha preparado mi madre, tienes que probarlo. No sé qué estaría pensando Chico, pero no iba a engatusarme con un plato de pollo. Conozco esa táctica, bastante cobarde, aunque efectiva. Vamos y volvemos enseguida, le dije. Buscamos el Iboga, lo encontramos y nos largamos, nada de patatín conmigo. Ok, dijo Chico, nada de patatán, y nos reímos.

Antes de la internación de Jimmy, en mis charlas con Chico él siempre me contaba quién había caído preso últimamente, o cómo los muchachos de la Cité Rouge habían terminado en el barrio de los muertos. Pero ahora que estábamos solos, parecía haberse quedado mudo. Era obvio que él tampoco había olvidado los tiempos en que me mostraba su bangala. Detrás de su aparente timidez se ocultaba un tipo que todavía no podía creer que mis tetas ahora fueran redondas como dos globos a medio inflar.

Ya en el tren, nos sentamos uno frente al otro, del lado de la ventanilla. Chico apoyó la cabeza contra el vidrio y empezó a chuparse el pulgar.

En el fondo, a él también le encantaba salir del barrio. Miraba atentamente el desfile de los árboles al otro lado de la ventanilla, y si un grupo de scouts no hubiera invadido nuestro vagón en Bois-le-Roi, seguro que se habría quedado dormido. Dos de ellos se sentaron junto a nosotros, desplegaron sobre sus rodillas callosas un mapa del bosque y se pusieron a hablar muy fuerte de lo que parecía ser una búsqueda del tesoro. El bosque era mucho más grande de lo que yo había imaginado. Más de veinte mil hectáreas, según el mapa. Desalentado por semejante inmensidad, Chico dijo que nunca encontraríamos la planta. Debíamos buscar cerca de la balsa de las hadas, alrededor de una secuoya gigante. Chico me preguntó si no tenía un mapa yo también, porque los scouts parecían estar hartos de que nos

inclináramos sobre el suyo. Fue decir no y el niño explorador que sostenía el mapa comenzó a plegarlo. Debió de creer que se lo íbamos a robar, pero si no hubiera reaccionado con tanta desconfianza y mala onda, no lo habríamos hecho. Bah, ¡fue Chico quien lo hizo!

Tras escuchar el anuncio de Fontainebleau-Avon emitido por la voz femenina del altoparlante, los scouts se dirigieron hacia la salida. Los seguimos de cerca. En el andén, después de pasar los molinetes, en cuanto el niño sacó el mapa de su bolsillo, Chico se lo arrebató y salió pitando. En el momento me sorprendí, pero luego me divirtió esa carrera hacia lo desconocido, donde todo era posible. En nuestra huida, subimos unas escaleras que conducían a la salida. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos de nuestros perseguidores, recuperamos el aliento con dificultad y nos felicitamos dándonos palmadas en la espalda.

Una cosa es segura, y es que no entramos por la puerta principal. Yo me había imaginado toda la secuencia, un inmenso portal de hierro y una placa de mármol que decía: «Bienvenidos al bosque nacional de Fontainebleau». Pero claramente, estábamos en un barrio. Si no hubiera sido un barrio, Chico no habría caminado con pasos tan firmes, como para demostrarles a los tipos que estaban allí, sentados en unas sillas plegables, que el idioma de ellos, él se lo sabía de memoria. Me dirigí hacia un grupito de tres. Hey, hey, hey, ¿a dónde crees que vas? Bueno, Chico, tampoco es para tanto, solo iba a preguntarles por dónde se entra al bosque. Uno de los tres tipos apuntó con el porro que sostenía entre el pulgar y el índice hacia una verja de hierro cubierta de yuyos. Chico dijo, gracias, jefe. La entrada era por ahí.

Amén

En el bosque el aire era más fresco, pero no había viento. Tras unos veinte minutos de caminata, solo hubo verde en torno al punto azul de nuestra geolocalización. Nos adentrábamos en el bosque avanzando hacia un sitio desconocido porque, francamente, ni Chico ni yo sabíamos leer un mapa. Lo giramos en todos los sentidos antes de ponernos de acuerdo sobre la dirección a seguir. Según Maps, la balsa de las hadas estaba a más de una hora y media. La cadencia de nuestros pasos delataba nuestra falta de motivación, y ambos parecíamos estar pensando que, de todos modos, si no hallábamos la planta, al menos teníamos con qué hacer un pícnic en un entorno agradable. A unos veinte o treinta minutos del lugar de destino, Chico quiso hacer una parada. Le dije, vamos, Chico, un último esfuercito, ya llegamos, si quieres dame tu mochila y así vas más ligero. A modo de respuesta, comenzó a caminar delante de mí. Le dije, mira qué lindos los rayos de luz entre las ramas. Chico aprovechó para mostrarme un pájaro que se movía lo bastante como para captar su atención. ¿Qué pájaro será?, preguntó. No estaba segura, un petirrojo, dije al voleo.

Finalmente llegamos a lo que parecía más un lago que una balsa, y luego nos tumbamos como bosta aplastada sobre un pastito fresco y húmedo. Era tan lindo estar tirados boca arriba en medio de la naturaleza que podríamos habernos quedado una eternidad mirando cómo las nubes plasmaban todo lo que dibujaba nuestra imaginación. Pero teníamos una misión que cumplir. A Chico no le gustó que se lo recordara, y por eso, para distraerme, empezó a parlotear. ¿Te acuerdas del padre de Kandioura? Kandioura era un viejo amigo del edificio okupado de nuestra infancia.

¡Vaya si me acordaba de ese boringo! Cuando uno se topaba una vez con el padre de Kandioura resultaba imposible olvidarlo. Se pasaba el día gritando «banda de putas», ya estuviéramos juntas o no, porque para él banda y puta en modo alguno podían ser dos palabras independientes. Había incorporado ese insulto a su mandinga cantarín y lo había convertido en una especie de eslogan. Enseñaba en la escuela coránica del edificio okupado. Bueno, no era realmente una escuela, lo que pasaba es que, cuando llegaban las vacaciones en la escuela pública donde uno aprende a leer y a escribir abcdefghijkl… hasta z, 123456789 hasta el infinito, el padre de Kandioura iba a

buscar a todos los chicos del edificio para que leyéramos el Corán en su casa. A la abu no le gustaba mucho que fuera, decía que era un pervertido, pero yo iba igual porque ese era el único momento en que podía ir a clase con Chico, que nunca estaba en la misma aula que yo.

Chico me preguntó si todavía sabía recitar el Al-Fatiha. Para alejar a los djinns, dijo. Hacía tanto tiempo que no rezaba que no estaba segura de saber hacerlo. Recité Bismi Allāhi Ar-Rahmāni Ar-Rahīm con voz temblorosa. Chico no hizo ningún comentario sobre mi acento de mierda, solo se limitó a traducir. En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, alzando las manos hasta las orejas para simular los gestos de una oración. Continué. Al-hamdu Lillāhi Rabbil Al-'Ālamīn. Hubo un silencio. Esta vez podía sentir una emoción sincera en la voz de Chico, una emoción que él se apresuró a camuflar bajo un falso aire de no-me-conmuevo-fácilmente. Todas las alabanzas son para Dios, Señor de todo cuanto existe. Ahí me quedé en blanco. Chico me dijo, y no se equivocaba, que el siguiente versículo rimaba con el anterior, que en esa sura todo rimaba con īn o con īm, que bastaría recordar la música de las palabras, interpretar… claro, como si fuera tan fácil. Retomé desde el principio. Bismi Allāhi Ar-Rahmāni Ar-Rahīm. Chico comenzó a hacer beat box con la boca. Me ajusté al ritmo. Al-hamdu Lillāhi Rabbil Al-'Ālamīn. Ar-Rahmāni Ar-Rahīm. Chico tradujo el versículo siguiente adoptando el flow del rapero que rapea como si tuviera harissa en la boca. El Compasivo, el Misericordioso. Continué, casi cantando. Māliki Yawmi Ad-Dīn. Volví a dudar y Chico, al ver que me seguía costando, recitó los dos versículos siguientes. Īyāka Na'budu Wa 'Īyāka Nasta'īn. Ihdinā Aş-Şirāţa Al-Mustaqīm. Solo quedaba un versículo, pero en cuanto a esa última parte, Chico me hizo saber que, si yo no era capaz de recordarla, él no podría ayudarme. El camino de los que has colmado con Tus favores, no el de los que cayeron en Tu ira, ni el de los que se extraviaron.

Cuando nos pusimos de pie, Chico me dijo, bueno, ya ves, el Corán es como andar en bici, no te olvidas nunca. Ahora vamos.

Exilio

A fin de optimizar nuestras posibilidades de encontrar el famoso tesoro, nos dividimos el territorio de las hadas. El norte para Chico, el sur para mí, según Maps. Antes de separarnos, establecimos la consigna de volver a encontrarnos dos horas después, justo antes de la caída del sol, junto al tronco tumbado y señalizado que bloqueaba el sendero que acabábamos de tomar. Tengo tan poco sentido de la orientación que, incluso con el teléfono en la mano, empecé a caminar en una dirección equivocada. Estaría ya a unos veinte metros del punto de partida cuando Chico se dio cuenta y me lo advirtió chasqueando los dedos, lo que me desestabilizó aún más, pues el sonido que produjo me dio la sensación de que éramos dos cazadores inexpertos que podían terminar siendo cazados. Oh, Alá, lo único que nos faltaba.

Estar sola en ese bosque era algo realmente especial. La abu debía estar loca si creía que podría encontrar lo que ella había plantado años atrás. Pero para demostrarle mi buena voluntad, la llamé. Me dijo que Jimmy estaba bien, que había salido sano y salvo de su sesión de Iboga y que ahora debía descansar. Oh my God, ¡lo había hecho! Cuando la abu dijo que estaba hablando conmigo, oí la voz encanecida de Tonino pronunciar mi nombre. Aproveché la ocasión para contarle a la abu dónde estaba; sin poder contenerse, ella se lo repitió a Tonino y, bajo el efecto del entusiasmo, agregó que yo había encontrado el Iboga. Oí que Tonino me felicitaba; aclarar las cosas no serviría de nada. Ahora era su voz clara y límpida la que me decía que comiera un poquito, que ya vería cómo me cambiaba la vida. Colgué la llamada.

Teléfono en mano, caminé durante una hora por los alrededores de la balsa, procurando guiarme cuidadosamente por Maps e intentando, al mismo tiempo, distinguir algo anaranjado en medio de todo ese verde y marrón. Por suerte había llevado mis botas altas; estaba cubierta de barro y tierra hasta las rodillas. Y, además, ¡maldición!, en todos los relatos de aventuras que había podido leer, cuando el protagonista estaba a punto de lograr su objetivo lo que uno menos se imaginaba era que pudiera ser el hambre lo que provocara la última frustración antes del desenlace. En los libros, cuando hay comida, suele ser un detalle del decorado: ¡qué lindos los caracoles!, pero cuando uno está

tan muerto de hambre que ya empieza a ver doble, un caracol se convierte en una opción más que válida. Estoy exagerando; no me comí esos malditos caracoles. Aunque de haberlo hecho su muerte habría tenido un sentido, en vez de terminar dead bajo la suela de mis botas arbitrarias. Escuchaba el crujido de sus caparazones y seguía teniendo hambre. Asociada a la duda y a la frustración, el hambre basta para sumirte en un estado alterado, ¡ni falta que hace el Iboga!

En un último impulso, movida por un anticipo del sentimiento de culpa que amenazaba invadirme si no me esforzaba al máximo en encontrar el Iboga, volví a adentrarme en la densidad verde, no sin antes tomar una foto del único punto de referencia a la vista. Un refugio de madera para pájaros pintado de blanco. Busqué y rebusqué; juro por mi vida que allí solo había árboles y hojas secas. Volviendo sobre mis pasos, le envié un SMS a Chico para avisarle de mi regreso inminente al punto de encuentro. No respondió. Lo llamé. El tono sonó dos veces, y luego oí su voz cargada de esperanza, Penda, ¿qué onda? ¿Lo has encontrado? Se me cruzó por la cabeza hacerle creer que sí, pero ni tiempo tuve de sonreír imaginando esa broma de mierda, porque la comunicación se cortó. ¡La puta madre!, me había quedado sin batería.

¡Chico debía estar en alguna parte!, me repetía, para ahuyentar la idea de que, en realidad, estaba perdida en medio de un bosque de veinticinco mil hectáreas, y que a esa hora tenía pocas posibilidades de cruzarme a otro ser humano o de encontrar mi camino, porque a mi alrededor todo se parecía. Solo mi sombra, que seguía moviéndose, se distinguía en ese escenario invariable. Pero mi sombra no podía servirme de brújula, aunque ambas tuviéramos el mismo objetivo: encontrar a Chico.

¿Cuántas veces grité su nombre para que solo volviera, incansablemente, el eco de mi propia voz solitaria?

¿Cuántos pasos había dado para que mi corazón latiera a esa velocidad?

¿Cuántos minutos habrían pasado para que el sol se ocultara tan rápido como en invierno?

También había empezado a refrescar, pero eso no me molestaba. Erré durante una hora y terminé exhausta, no por la caminata sino por una especie de vértigo que nunca había experimentado hasta entonces. Vértigo ante un horizonte sin fin hacia el cual yo tendía, como tiende una cifra al infinito. ¿Qué dirección tomar? Había muchas

posibilidades de no haber hecho otra cosa más que dar vueltas en círculos en una pequeñísima zona del bosque, a la espera de que algo viniera a romper el ritmo de mis pensamientos circulares. Ya no buscaba realmente a Chico. Seguro que él había encontrado el camino para volver al barrio. Así que seguí caminando, caminé sin descanso, caminé hasta olvidarme del hambre sin que, en ningún momento, lo juro por Alá, me viniera a la mente la idea de detenerme. Estaba sola, estaba en paz, una paz que permitía todas las excentricidades; no había nadie allí para lanzarme miradas discriminatorias. Solo los pájaros; cuando comencé a gritar como una desquiciada, debieron preguntarse si yo estaba bien de la azotea. Pero al menos me tranquilizaba sentir que seguían moviéndose sobre mi cabeza. Apoyé la frente contra el tronco de un árbol medio seco y entonces oí un grito a mi derecha. Reconocí enseguida la voz de Chico, cada vez más fuerte.

Fue él quien me encontró primero, a través del denso entramado de los árboles. Me dijo, ¡por fin apareces! Te estaba esperando en el punto de encuentro, ¿qué onda?, ¿dónde te habías metido? Su voz transpiraba pánico. Tuve que saltar a sus brazos para transmitirle mi alivio súbitamente recobrado. Lo abracé fuerte y le dije, va a ir todo bien, así, susurrando varias veces, hasta que su ritmo cardíaco se acompasó con el mío.

Fui la primera en deshacer el abrazo debido a los ruidos de mi estómago, que gritaba de hambre. Aunque no lo hubiera demostrado, sabía que Chico también los había oído. ¿No me dijiste que habías traído yassa?, murmuré, casi molesta por tener que pedírselo cuando, a decir verdad, era la hora a la que la gente come. ¡Sí, claro! Pero hay que tener cuidado con los osos, no quiero servirles de cena, ven, vamos a encender un fuego para alejarlos. Y nos reímos.

La idea del fuego me gustó, aunque para mí no fuera una opción pasar la noche en medio del bosque. Chico, en cambio, estaba listo para la gran aventura; ni siquiera recordándole que nos esperaban para el cumple de Sally pude refrenar su espíritu de Robinson. Voy a hacer fuego, ayúdame a juntar ramitas, me dijo, señalándomelas con el dedo, que no estén demasiado húmedas. Me puse manos a la obra, y fue como si hubiera juntado leña toda mi vida, lástima que empezara a oscurecer. Aspirar el aroma de la madera no me decía nada sobre el nombre del árbol del cual provenía. Olía a tierra, como Jimmy.

Mientras yo seguía con lo mío, Chico iba colocando piedras hasta formar un círculo cuyo diámetro solo pude distinguir cuando lo iluminó con la linterna del teléfono. Resultado: alrededor de treinta

centímetros. Me senté contra un árbol. Estaba mirándolo cuando de pronto Chico dijo, Penda, muéstrame la foto del Iboga, ¡rápido! Me sorprendió que aún tuviera esperanzas, sumidos como estábamos en la más completa oscuridad.

Cuando me acerqué, pude ver lo que Chico tenía en sus manos y dije, ¿de dónde has sacado eso? Orientó el haz de luz del teléfono hacia un pequeño arbusto y, por el Corán de La Meca, aquel fruto y el de la foto de Tonino se parecían como dos gotas de agua. Volví a mirar, para asegurarme de que el hambre no me estaba jugando una mala pasada.

Estábamos tras una buena pista. Chico me tendió la linterna y me pidió que iluminara en dirección a las raíces del arbusto. A medida que él cavaba con sus propias manos, enérgicamente, yo podía sentir la tierra cayendo sobre el cuero de imitación de mis botas altas. La sensación era agradable. El pozo se hacía cada vez más profundo, algo inesperado tratándose de un arbusto tan pequeño. Al parecer, al igual que los icebergs, la mayor parte del tronco estaba bajo tierra. Chico siguió cavando, más y más, hasta llegar a las raíces.

Cuando era pequeña, había un patio en el edificio, justo bajo los ventanales por los que la abu se asomaba para llamarme cuando tardaba en subir. Era el patio donde Chico y yo, después de la escuela, solíamos jugar al pogo saltarín, a la rayuela o al escondite. Estaba cubierto de piedras y escombros, y tenía una peculiaridad. No era la presencia de vendedores de hierba, menos aún el ir y venir de los clientes ni la permanente humareda. En el centro había un pozo, un verdadero pozo de un diámetro que no superaba el del balde que usábamos para cagar. Un pozo anclado por siempre en mi memoria, cuya profundidad deducíamos del eco de las piedritas que arrojábamos en su interior. Allí, un día, murió una niña. Se llamaba Souadou y tenía ocho años. Aunque la asociación de vecinos del edificio okupado lo cubrió enseguida con baldosas de cemento, ese pozo siguió existiendo en mi mente. Tras la prohibición formal de acercarnos a él, cada uno alimentaba a su manera un ardiente deseo de ir a buscar a la niña muerta. A nosotros, los supervivientes, nos resultaba imposible empezar una partida de escondite sin mencionar el pozo. Me parecía que Souadou podía emerger de la tierra y decirme que, si los muertos no están muertos, como decía el refrán, entonces había altas probabilidades de que los vivos no estuvieran vivos…

Solo Dios sabe a dónde me habría llevado esa ensoñación si Chico no me hubiera dicho, ¿qué onda, Penda?, ¿estás bien?, mientras se apoyaba sobre mi pierna para levantarse. Le dije sí, no pasa nada, pero no estoy del todo segura de que eso sea Iboga. Él respondió, ¿sabes una cosa? La única forma de salir de dudas es probarlo. ¡Y zas! No tuve tiempo ni de hacer un gesto, porque Chico arrancó con los dientes un trozo de raíz y se lo tragó.

Minutos más tarde, su teléfono murió, igual que el mío. Nos habíamos quedado sin ninguna fuente de luz, pero lo urgente ya no era encender ese maldito fuego, sino convencer a Chico de que escupiera lo que acababa de tragar. Le conté lo que la abu me había dicho sobre los riesgos del consumo de Iboga, exagerando un poco las cosas, debo admitir. Pero él me tomó tan poco en serio que lo único que dijo fue, ¡la familia invita!, riendo y alejándose de mí. Corrí tras Chico como en los viejos tiempos, y cuando su cuerpo robusto estuvo al alcance de mi mano, le dije, estás totalmente loco, mientras le golpeaba la espalda para que escupiera el bocado. Pero no tenía ninguna opción; bastó un simple movimiento de su brazo para que yo terminara en el suelo.

Ahora voy a encender el fuego, dijo, hemos encontrado lo que buscábamos, es lo principal, ¿no? Mientras él se ocupaba del fuego, busqué el túper en su mochila, me senté a su lado y fui sacando todas las cosas. Chico había traído de todo, platos de cartón, tenedores, una botella de agua. Su madre incluso le había puesto aceitunas a la salsa: cualquiera hubiera dicho que eran el ingrediente principal del yassa, porque no se veía otra cosa más que esas bolitas brillantes, iluminadas por el resplandor de un fuego aún tímido. Todo habría sido perfecto si el plato hubiera estado caliente, pero de todos modos no podía quejarme. El fuego iba avivándose tranquilamente y un suave calor acariciaba la piel de mis antebrazos apoyados sobre mis rodillas. En la misma posición que yo, Chico sostenía el plato con una mano y con la otra el tenedor, que nos hubiera resultado más útil de haber venido acompañado de un cuchillo. Pero qué importaba, Chico terminó de zamparse el muslo de pollo con la mano. Entre bocado y bocado puso los ojos en blanco, apelando a su talento actoral para imitar el estado de un viaje inminente. Me reí. Luego bebió agua haciendo mucho ruido… me tendió la botella y me dijo que yo no sabía lo que me estaba perdiendo. Al parecer, las hojas secas eran billetes de quinientos euros, las llamas, primeras bailarinas, mi sonrisa, la de alguien que dentro de poco iba a comer Iboga sin parar.

Vamos, Penda, no me abandones, al menos hazlo por Jimmy. La idea me tentaba, y el maldito lo sabía. La raíz empezaba a quemarme entre los dedos, su textura me recordaba a la del jengibre, pero más rugosa, más dura y también menos comestible. Aquello muy bien podría haber sido una planta venenosa cualquiera, de las tantas que debía haber en ese bosque. Eché una última mirada a la foto de Tonino y me vinieron a la mente sus últimas palabras. ¿Realmente mi vida cambiaría? Chico seguía alentándome. Tomó la raíz de entre mis manos y cortó un trocito minúsculo que, según dijo, no podía hacerme daño. Invoqué a la abu, le rogué que nos protegiera, aunque estuviera muy lejos, y que su espíritu velara por los nuestros. Chico tenía razón, si Jimmy lo había hecho y había salido indemne, ¿por qué nosotros no?

Dije bismillah para mis adentros y, ¡glup!, tragué la raíz bajo la luz de una luna carnívora.

Amanecer

Nos despertó una lluvia fina. Aunque aún era de noche, decidimos regresar. Al cabo de unos veinte minutos, llegamos a un camino señalizado que conducía a una salida. Por suerte, ya fuera del bosque nos cruzamos a un hombre que hacía jogging; le pregunté dónde quedaba la estación. Mi pregunta le pareció estúpida porque la estación se encontraba justo enfrente; se podían ver los cables eléctricos flotando en el aire. No tenía energía para sentirme idiota, pero lo que me sorprendió fue que Chico tampoco los hubiera visto. En el tren de regreso, ni él ni yo pronunciamos una palabra; estábamos KO.

Al llegar a la plaza del barrio, una música de fondo proveniente de la casa de Sally me recordó aquello de lo que podríamos haber participado si no hubiéramos pasado la noche en el bosque. ¿Qué hacen ahí?, nos preguntó la cumpleañera, que fumaba un cigarrillo asomada a su ventana. Nos invitó a subir, pero Chico dijo, con un temblor en la voz que nunca le había oído, que no tenía ganas de un after. Nos despedimos con un beso como dos desconocidos, y él regresó a su casa al final de la calle. Yo, en cambio, me quedé allí unos segundos, reflexionando sobre nuestros próximos movimientos. La lluvia nos había seguido hasta París, y aquí era tan fina que podía confundirse con una bruma. Cuando alcé la vista, Sally ya no estaba en su ventana. Lo tomé como una señal de que era hora de volver a casa.

Al llegar llamé a la abu, pero fue Jimmy quien respondió. Me dijo, Penda, estoy mejor, no voy a volver todavía, me voy a Senegal con Abu Pirata, quizás pueda encontrar a mi padre. ¿La iniciación lo había vuelto aún más loco? No me importaba saber si estaba curado o no; el solo hecho de tener una misión decía mucho sobre su estado mental. Su decisión me hacía pensar en mi propio djinn, ¿qué haría con él? Si saber que la abu regresaría a Senegal ya me resultaba muy duro, la noticia de Jimmy sonó directamente como una maldición. Me dije que me estaban abandonando a mi suerte, y que la única manera de conjurarlo era desaparecer. De pronto, morir me pareció la solución más eficaz para deshacerme de mi djinn, pero luego me di cuenta de que, muerta y sin djinn, me sería imposible reencontrarme con la abu y con Jimmy en Senegal. Porque sí, quería reunirme con ellos, y en plena posesión de mí misma. ¿Qué haría yo sin la abu?, le pregunté a

Jimmy antes de que me pasara con ella. Oír su respiración me emocionó hasta las lágrimas. Me dijo, Penda, mi dulce Penda, tengo algo muy muy importante que decirte, pero no puede ser ahora, te llamaré luego. En la situación en la que me encontraba, acepté con gusto ese compás de espera como uno de esos momentos flotantes que siguen a un sueño, y colgué el teléfono. Me quité las botas altas y me puse las zapas, convencida de que andar en skate me ayudaría a recuperar mi cable a tierra. La visión del skate apoyado contra el aparador me resultaba reconfortante. Su madera era sólida y brillante. Sus ruedas inspiraban libertad. Una vez afuera, rodé escuchando mi propia música interior. El pie de adelante interpretaba los graves; el de atrás, los agudos. Repetía mis escalas. Estaba tan en armonía con lo que me rodeaba que no me detuvo ni un solo semáforo en rojo. El camino estaba despejado. La ride era fluida; el terreno, uniforme; el instante, precioso.

Alguien me adelantó por la derecha; ni siquiera lo vi venir. La silueta avanzaba a gran velocidad y la bruma parecía aún más espesa en torno a ella. Probablemente la aparición fuera sobre rollers, pues el skate no permite ese tipo de giros. Los de este rider no tenían nada de natural. ¿Sería el Iboga, que comenzaba a hacerme efecto? El trayecto se me hacía largo, como si las calles se hubieran extendido. La velocidad a la que me desplazaba tampoco era habitual. Casi volaba, con un único objetivo en mente: atrapar lo que solo podía ser un djinn. Al cabo de un momento, la silueta se dio la vuelta como para asegurarse de mi presencia. Aceleré, me sentía imparable. Al llegar a un cruce de calles donde un auto intentaba estacionar, se vio obligada a frenar y pude alcanzarla. Volvió a girar la cabeza hacia mí, mostrándome un rostro negro salpicado de purpurina. ¿Era realmente un djinn o estaba alucinando? Una cosa era segura, y es que yo estaba súper drogada. Me dije, Penda, estás desvariando. La situación me pareció tan absurda que me reí muy fuerte; primero fue una risa forzada y luego teñida de un sentimiento de liberación que brotaba del fondo de mi vientre. Jajaja, seguí riendo, con la cabeza echada hacia atrás y mostrando todos los dientes. ¿Por qué contentarse con un solo djinn, si es posible tener varios?

Ekipo

El teléfono sonó en la sala. No contesté enseguida. Para eso, primero hacía falta que mis nuevos djinns y yo nos pusiéramos todos de acuerdo para salir de la cama. ¿Cuántos eran en total? No sabía muy bien, pero una cosa era segura: el djinn que me habitaba desde la infancia ya no estaba junto a mí. Había dejado de sentirlo, a menos que su presencia hubiera sido eclipsada por la de los otros. Los nuevos, a quienes me alegraba poder conocer.

El reloj marcaba las cinco de la tarde. Imposible saber cuánto tiempo había dormido; no recordaba exactamente a qué hora me había acostado. El teléfono comenzó a sonar otra vez, pero todavía no tenía fuerzas para ir a atender. Uno de mis nuevos djinns me sugirió que me tomara mi tiempo, diciéndome que asumiría la responsabilidad de devolver la llamada cuando todos estuvieran listos. Solo entonces los ánimos se calmaron.

Cuando le pregunté cuántos éramos en total, me respondió que él todavía no había conocido a los otros en mí, pero que a priori debíamos ser al menos tres. ¡Guau!

Su voz, a diferencia de la de mi djinn inicial, era de una tesitura tan grave que hacía pensar en un hombre maduro, o quizá en un djinn transgénero que se inyectaba regularmente testosterona. En cualquier caso, era lo máximo estar tirada en la cama y ser tan numerosa.

Me alegraba conocer a mis nuevos coexistentes, uno por uno. Por primera vez en mi vida, esa pluralidad de identidades se me aparecía como una fuerza y no como una tensión. En equipo siempre éramos más fuertes. ¡Podría delegar tareas y responsabilidades en cada uno/a, a fin de optimizar la eficacia de mi propia empresa! Delegar era algo que ya había aprendido con un solo djinn, pero el viaje al bosque me había hecho pasar de ser una PYME a una gran empresa con un futuro súper prometedor. Debía revisar mi organización para que cada miembro obtuviera beneficios, sin dejar de ser yo la responsable última de su éxito. Delegar es correr el riesgo de apostar por un colaborador, de confiar en él; no es perder el poder, sino compartir una parte. Montar una empresa de tales dimensiones sin duda llevaría tiempo, pero estaba dispuesta a aceptar el desafío. Iba a debutar en política, agruparnos en torno a una visión y un objetivo en común que aún estaba por definir. Fue en ese rapto de entusiasmo cuando

finalmente decidí llamar a la abu. A quién más, si no. Un miembro del grupo propuso la idea de contarle lo que ocurría en nosotros desde que habíamos comido Iboga. Haciendo valer mi rol de presidenta, tuve que poner las cosas en su lugar para que mis djinns no se tomaran demasiada confianza. Les respondí con tono firme que el relato quedaría enteramente a mi cargo.

La voz de la abu apenas se oía, sofocada por una profusión de ruidos. Al cabo de un momento, mi oído logró identificar el ritmo de sus pasos dirigiéndose a un lugar más tranquilo. Jimmy estaba bien. Aún estaban en Gabón, aunque no por mucho tiempo. La abu no quiso decirme el día exacto de su partida a Senegal, trae mala suerte, aclaró, y luego me preguntó cómo estaba. Le conté todo de un tirón, que había tomado Iboga con Chico, la aparición, mis nuevos djinns, como si detenerme pudiera poner fin a mi impulso. Sabía que su respuesta tendría un impacto sobre el resto de mi vida.

Se hizo un silencio.

Finalmente, la abu dijo: Penda, hablar dos idiomas o incluso más es una riqueza, tener djinns no te convierte en una persona enferma, es sano, la unidad del sujeto es una construcción que te fragmenta, y añadió que no debía sentirme obligada a optar por una cosa u otra. Quién mejor que ella para saberlo, una senegalesa que, tras convertirse en paria dentro de su familia, había echado nuevas raíces en Gabón mientras criaba a sus nietas en Francia.

Yo esperaba esas palabras de la abu desde hacía un montón. Antes de colgar dijo, no hay que forzarse a elegir, hay que ir hacia uno mismo, seguir siendo pirata.

Sobre la autora

Seynabou Sonko nació en 1993 en Paris. Estudió letras modernas en Montreal y Bruselas. También se dedica a la música y da talleres de escrituras. Su primera novela Djinns tuvo una recepción muy entusiasta por parte de la crítica y de los lectores en Francia.

Sobre la traductora

Sofía Traballi (Argentina, 1984) es traductora, licenciada en Letras y profesora en Ciencias Antropológicas por la UBA. Ha publicado artículos y participado en simposios y talleres vinculados a la traducción literaria y editorial. En 2022 obtuvo una beca para realizar una residencia en el Collège International des Traducteurs Littéraires (CITL - ATLAS, Francia).

Índice de contenidos

Crealidad

Chau

Volcanes

Memento

Clic

Kétchup

Tercer lugar

Todo está bien

Piratería

Wanna get high?

Catapum

Mood

Hombres lobo

Flechazo

Salsa argelina

Azul como una naranja

Gorgorlou

Lo que no volverá

Mi propia esquizo

Hey, hey, hey

Amén

Exilio

Amanecer

Ekipo

Sobre el autor

Sobre la traductora

Sonko, Seynabou

Djinns / Seynabou Sonko. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Sofía Traballi.

ISBN 978-631-90463-6-6

1. Narrativa Francesa. 2. Novelas. I. Traballi, Sofía, trad. II. Título.

CDD 843

Título original: Djinns

© Seynabou Sonko, 2023

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2023

© Editorial Sigilo, 2024

© Sofía Traballi, de la traducción

Arte de tapa: Mariana Ruiz Johnson

Diseño de tapa: Sonia Basch

E-book: Tomás Caramella

Revisión de la traducción: Inés Marcos

Primera edición en Argentina: agosto de 2024

Primera edición digital : agosto de 2024

Cet ouvrage a beneficie du soutien du Programme d'aide a la publication de l'Institut francais.

Esta novela cuenta con el apoyo del Programa de ayuda a la publicacion del Instituto Frances.

ISBN 978-631-90463-6-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL

Pedro del Castillo 549 8° C

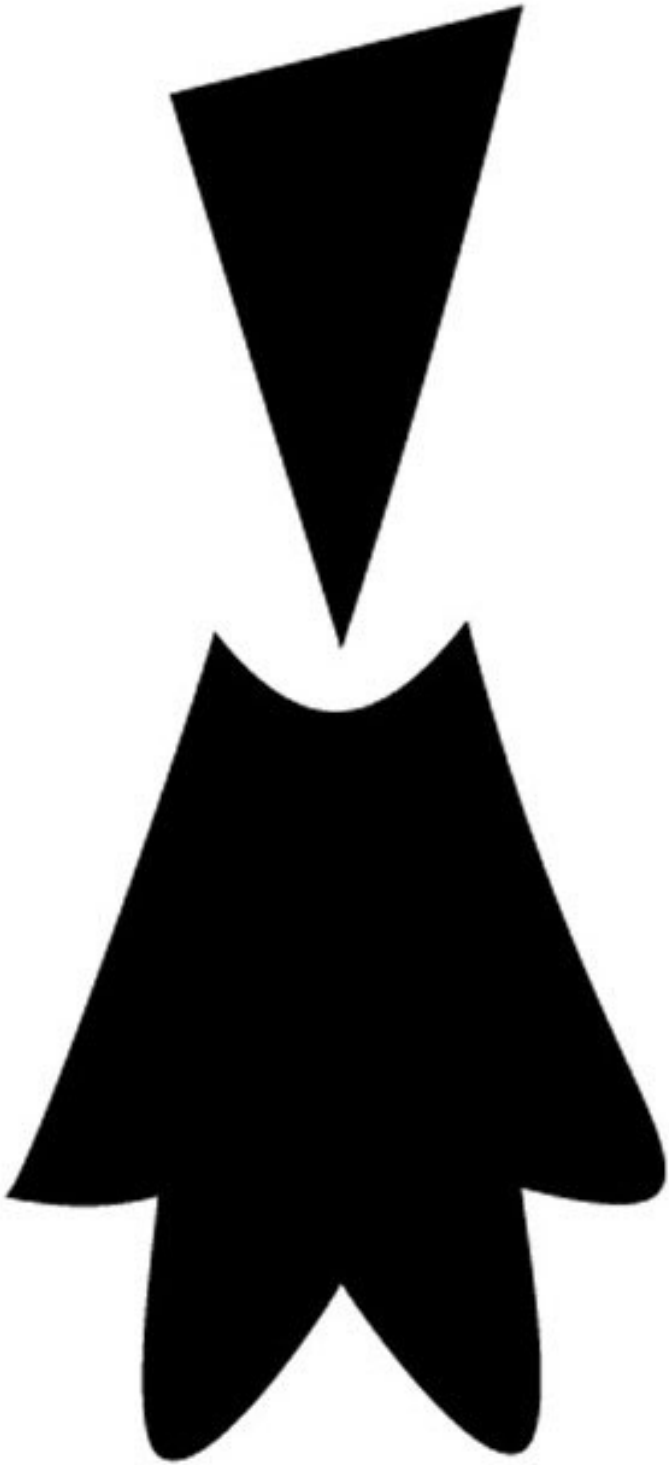
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

sigilo@sigilo.com.ar

www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.

Madrid

info@sigilo.es

www.sigilo.es